

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Los Mosqueteros.

Drama en seis cuadros, escrito en francés por A. Dumas, arreglado libremente á nuestra escena por D. M. M. DE SANTANA, para representarse en Madrid el año de 1816.

Es propiedad de D. Vicente de Lalama, Editor de esta Biblioteca, la cual se publica en Madrid, calle del Duque de Alba, n. 13, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 3 de mayo de 1837, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramaticas.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de Perez y Jordan, calle de las Carretas, *Vinda de Razo'a*, calle de la Concepcion, y *Castan*, calle del Principe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

Con el objeto de fomentar en lo posible la alicion al bello arte de la declamacion, permite el Editor, que toda Sociedad ó Liceo donde se encuentre instalada la seccion dramática pueda representar esta y las que formen la coleccion, siempre que preceda la licencia del Editor en Madrid, ó de sus corresponsales en las provincias, y el abono de seis ejemplares para la seccion.

ADVERTENCIA.

El drama de Alejandro Dumas, titulado: *Los mosqueteros*, consta de doce cuadros y dura en su representacion mas de cinco horas; defectos suficientes para que tan importante y aplaudida obra fuese intolerable para el público español. En este concepto el traductor ha despojado el drama de todos los episodios inútiles que revelaban su origen de novela, dejándole sin embargo, todo el aparato de la escena y todo el interés de la narracion. Como verá quien cooje el original francés con esta traducion, algunos actos han recibido variaciones importantes, que cuando menos han sido necesarias. Esto no obstante, creemos que el indisputable mérito de toda la obra encubrirá los defectos en que involuntariamente haya incurrido su traductor.

PERSONAS.

D' ARTAÑAN.
PORTOS.
ATHOS.
ARAMIS.
CARLOS I de Inglaterra.
ENRIQUETA, su esposa.
OLIBERIO CROMWEL.
LORD VVINTER.
MORDAUNT.
GROSLow.
EL VERDUGO DE BETHUN

TOMINSON.

PARRY, ayuda de cámara del rey.

TOMY criado de Lord VVinter.

UN POSADERO.

UNA POSADERA.

Soldados ingleses, hombres del pueblo, y marineros.

El teatro representa el interior de una posada cerca de Bethune á la derecha, en primer término, empieza una escalera que conduce á un corredor alto; debajo de la escalera una puerta. A la izquierda, una ventana en primer término, y una puerta en el segundo. En el fondo, una puerta que conduce al interior de la posada.

ESCENA PRIMERA.

EL POSADERO y el VERDUGO; despues la POSADERA y MORDAUNT. *Varios hombres del pueblo, beben, cantan y alborotan. El Verdugo entra por la puerta del fondo, y se sienta á un estremo del escaenorio. El posadero sirve á todos segun marca la escena.*

HOMB. 1.º Por la Francia.

HOMB. 2.º Al pronto esterminio de los españoles.

VARIOS. Vino, patron, vino!

POSADERO. Al momento. Aqui teneis para hartaros. *(pone una botella sobre cada mesa.)*

VER. Ola! patron!

POSADERO. Qué quereis?

VER. Pan y vino, y que sea pronto, porque desde esta mañana, no he tomado cosa alguna.

POSADERO. Voy á servirlos. *(se dirige á una puerta)*

de la izquierda en el instante que aparece en el corredor de la posadera.)

POSA. Eh! Juan... Juan.

POSADERO. Qué quieres, muger?

POSA. La mula del huésped.

POSADERO. Cuál? La del alférez de Mosqueteros alojado al fin del corredor?

POSA. No. hombre. la mula del señor doctor, que llegó hace media hora.

POSADERO. Voy a enjaezarla; apenas la pobre habrá probado el pienso. *(entra y sale al momento por la puerta de la derecha con un botella en la mano que pone delante del Verdugo.)* Aquí tenéis vuestro refrigerio... Vamos a que preparen la mula *(abre y se a-oma a la ventana de la izquierda.)* Eh! Pedro...

UNA VOZ *(dentro)* Qué se ofrece, mi amo?

POSADERO. La mula del pregunton. *(Se quita de la ventana)*

VER. Qué queréis decir?

POSADERO. Que la curiosidad del señor doctor raya en impertinencia. Desde que llegó a esta posada, no ha parado su lengua... Cuánto hay de aquí a Bethume? Cuánto de Bethume a Armentiers? No parece sino que busca por estos alrededores a un pariente a quien no ha visto hace mas de diez años. *(Mordant aparece en lo alto de la escalera y escucha.)*

VER. Pues yo le aconsejaría que no se pusiera tan pronto en camino. Los españoles rondan por estas cercanías, y pudiera pagar caro su atrevimiento.

POSADERO. Os habeis encontrado a los españoles?

VER. Sin duda alguna. Volvia yo de Hazembroch a Bethume, cuando fui detenido por ellos y obligado a servirles de guia... Solo á tres leguas de aquí, gracias á la oscuridad, pude librarme de sus manos. Lo repito, seria uoa imprudencia por parte de vuestro huésped el ponerse tan pronto en camino.

MORD. *(que durante el anterior diálogo ha bajado á la escalera.)* Agradezco vuestro consejo, pero me es imposible seguirle. Tengo precision de emprender al momento mi marcha. Sin embargo; quiero mostraros mi agradecimiento por el aviso partiendo con vos una botella.

VER. Gracias.

MORD. Por qué?

VER. Porque vos no me conocéis, y si algun día llegarais á conocerme, seguramente que os arrepentiriais de haber tocado vuestro vaso con el mio.

MORD. *(ap.)* Qué hombre tan singular! Si yo pudiera adquirir de él algunas noticias?... probemos... *(alto)* Deciais, amigo mio, que caminábais á Bethume?... Sois de estos alrededores?

VER. Natural del mismo Bethume.

MORD. Y habeis vivido allí muchos años?

VER. Siempre.

MORD. Y podeis decirme cuantas leguas hay de Bethume á Lilliers?

VER. Tres escasas.

MOR. Y de Bethume á Armentiers?

VER. Siete.

MORD. Entonces habeis andado muchas veces este camino?

VER. Infinitas.

MORD. Y es peligroso? Son frecuentes en él los

asesinatos?

VER. Solo en tiempo de guerra, como ahora, puede haber semejante peligro; por lo demas, el camino siempre ha sido seguro.

MORD. Seguro? *(ap)* No me habia engañado... Ha sido una venganza particular... Yo lo averiguaré, y si descubro a los asesinos... *(Lord Winter aparece en la puerta de la posada.)* Qué estoy viendo! Me engañan mis ojos?

ESCENA 11.

Los mismos, y LORD WINTER.

WIN. *(entrando.)* Decidme, patron...

POSADERO. Qué manda vuestra señoría?

WIN. Queriéis decirme donde estoy?

POSADERO. En Pernes, señor.

MORD. *(ap. y retirándose hácia el fondo.)* El es...? No crei que estuviere en Francia; procuremos que no me conozca.

WIN. *(después de examinar un libro de memoria.)* Es decir que estoy entre Lilliers y Saint-Polt?

POSADERO. Justamente.

WIN. Está bien.

POSADERO. Vuestra señoría quiere que se le sirva de comer?

WIN. No. Unicamente quisiera tomar algunas noticias acerca del camino.

VER. *(ap)* Mientras mas le miro y le escucho... me parece que ese rostro y esa voz...

POSADERO. Algunas noticias sobre el camino?... Estoy á vuestras órdenes, caballero.

WIN. Para ir á Donleus, ¿qué camino es preciso tomar?

POSADERO. El de Paris.

WIN. Entonces no hay mas que tomar todo derecho.

POSADERO. Pero ese camino está infestado de españoles.. No os aconsejo que le tomeis, á lo menos de noche... Esperad al dia.

WIN. Imposible... Es preciso que continúe ahora mismo mi camino.

POSADERO. Entonces tomad el de travesía.

WIN. Pero no me perderé?

POSADERO. Quién sabe?... Es tan oscura la noche...

WIN. Amigo mio, queréis servirme de guia?

POSA. Oí! no, caballero... mi marido no aceptará *(acechándose.)*

WIN. Por qué?... Le daré una buena recompensa.

POSA. No; caballero... no le dejaré marchar por todo el oro del mundo.... porque lo matarian.

WIN. Quién?

POSA. Quién? Los españoles.

WIN. Daré veinte doblones al que me sirva de guia.

POSA. Aunque fuesen ciento seria lo mismo. Lo mas precioso que hay en el mundo es la vida, y esponerse á esta hora en el campo y al furor de esos bandidos, es jugar la vida á un golpe de dados.

WIN. Amigos míos: *(al posadero.)* si el dinero no os mueve, dejadme hablaros en nombre de la humanidad; sirviéndome de guia, y ayudándome á llegar á Paris lo mas pronto posible, habeis un gran servicio á uno que está en peli-

gro de muerte.

VER. (*levantándose.*) Si hay que prestar un servicio tan grande, como decis, y queréis aceptarme por guía... estoy á vuestras órdenes.

WIN. Vos!

VER. Yo, si; aceptais?

WIN. Ciertamente... y á vuestra vez tomad, amigo mio... (*quiere darle una bolsa*)

VER. Perdonad, caballero; he dicho si hay un servicio que prestar; no si hay que ganar dinero.

WIN. No obstante...

VER. Cada uno pone sus condiciones, esas son las mías.

WIN. (*ap.*) Es singular! Me parece que he visto otra vez á este hombre... (*alto*) Patron, tomad una guinea, y haced exactamente lo que os voy á decir.

POSADERO. Decid, señor.

WIN. Un hombre me espera en Donllens, pero como he tardado, es posible que ese hombre cansado de esperarme, llegue hasta aquí.

POSADERO. Y preguntará?..

WIN. Por Lord Winter.

VER. (*ap.*) No me engañaba: es él.

POSADERO. Qué le dire?

WIN. Que me he adelantado, y que se me incorpore. Sino me alcanza, me encontrará en Paris en mi antiguo alojamiento de la plaza real. Vamos, amigo mio? (*al Verdugo.*)

VER. Vamos, señor; y no es la primera vez que os he servido de guía.

WIN. Cómo?

VER. Recordad la noche del veinte y dos de octubre.

WIN. De mil seiscientos treinta y seis?

VER. Si; recordad el camino de Bethume á Armentiers.

WIN. Si, ya os conozco... venid. (*se van.*)

HOMB. Y nosotros vamos á dormir, muchachos, que tenemos que madrugar. (*vanse.*)

ESCENA III.

Los mismos, menos WINTER, y el VERDUGO.

MORD. (*levantándose.*) La noche del 22 de octubre?... El camino de Belhume á Armentiers? Qué estraña coincidencia...! El mes que murió mi madre...! el sitio donde desapareció... Si la casualidad hará por mi más de lo que han hecho todos los cálculos y todas las investigaciones...? Vamos, es preciso que yo sea la sombra de ese hombre... mi mula, mi mula.

POSA. Qué queréis?

MORD. Mi mula está pronta?

POSA. Os espera en la puerta.

MORD. Os he pagado, no es verdad?

POSA. Si, ciertamente.

MORD. Pues Dios os guarde. (*vase.*)

POSADERO. Sabes, muger, que me dá muy mala espina este hombre?

POSA. Calla, y no empieces con tus cabalaciones.

ESCENA IV.

EL POSADERO, LA POSADERA, y ARTAÑAN. *que baja por la escalera, con una carta en la mano.*

ARTA. Y bien patroncita mía? Ha venido alguno á buscareme?

POSA. Hasta ahora, nadie ha preguntado por vos.

ARTA. (*Ap.*) Es raro! Y yo que esperaba recibir nuevas ordenes de Mazarino... Lo cierto es que si he de cumplir sus instrucciones, el jueves próximo debo encontrarame en el puerto de Bologne... y ya estamos en Sábado, y todavía no he visto á Portbos, á Aramis ni al señor Conde de la Fere? Pero quien diablos me habrá escrito esta carta?

POSADERO. Di, muger; qué mosea habrá picado al señor Alferéz de mosqueteros?

POSA. Y qué nos importa?... (*á Artañan.*) Quereis alguna cosa? (*Dan fuertes golpes en la puerta.*)

ARTA. Si, que abraís la puerta, antes que la echen abajo.

PORT. (*dentro*) Pronto, mozo, conduce á la cuadra ese caballo.

ARTA. Dios mio! esa es la voz de Portbos! He aquí una verdadera fortuna.

ESCENA V.

Los dichos, y PORTHOS.

ARTA. (*Saliendo al encuentro de su amigo*) Porthos!

PORT. El mismo en carne y hueso. (*abraza á Artañan.*) Buen hombre, (*al posadero*) afuera os aguardan mi escudero y mi caballo? cuidadlos bien, porque están acostumbrados á buena mesa.

ARTA. Y de camino traednos un par de botellas. POA. (*á su marido.*) Esto quiere decir que estorbamos. (*alto*) Voy por el vino. (*vase por la puerta de la derecha*)

POSADERO. De-cuidé usted, señor, los huéspedes, son siempre tratados como mi misma persona. (*La posadera vuelve con el vino que pone sobre una de las mesas.*) Vamos muger. (*Se van por el fondo.*)

ESCENA VI.

PORTHOS, y ARTAÑAN.

ARTA. Querido amigo, ya que estamos solos, ¿queréis decirme á qué casualidad debo el estrecharos entre mis brazos?

PORT. A qué casualidad!

ARTA. Si.

PORT. No es la casualidad la que me trae aquí, es vuestra carta.

ARTA. Mi carta?

PORT. Vedla. Es para mí... « A monsieur Duoallon de Braciens de Pierre Fonds. »

ARTA. Eso es, de Pierre Fonds: Hé aquí el nombre de vuestro castillo, ahora me acuerdo. Pero en fin, no soy yo quien os ha escrito.

PORT. Ved lo que dice vuestra carta sin embargo: « Encontraos el veinte de octubre del presente año de mil seiscientos cuarenta y ocho, en la posada de Bethume, sobre el camino de Paris: allí encontrareis á vuestro amigo D'

Artañan que tendrá un placer en veros. • Esto dice.

ARTA. Eso dirá: pero yo no os he escrito. Sin embargo, llegais á tiempo. Tengo que comunicar ciertos proyectos; y si quieris hacerme el honor de vaciar una de estas botellas conmigo, podremos hablar en tanto como buenos amigos y antiguos camaradas.

PORT. Con mucho gusto. (*se sientan y beben*)

ARTA. Ante todas cosas, Porthos; que ha sido vuestra vida desde que no nos vemos?

PORT. La mas tonta, amigo mio. Enterrado en mi castillo de Pierrefond, cada dia he echado mas de menos vuestras antiguas aventuras. D' Artañan ha sido muy desgraciado.

ARTA. Y no habeis buscado o inventado al menos en vuestra soledad algunos placeres?

PORT. Un capricho tan solo ha venido á mitigar mis penas. Ya sabeis, Artañan, que siempre ha sido mi héroe Milon de Crotona.

ARTA. Y por Dios que uada teneis que envidiar á vuestro héroe.

PORT. Pues bien: por distraerme en mi soledad, he hecho lo que hizo en su tiempo Milon de Crotona.

ARTA. Habeis derribado un buey de un puñetazo?

PORT. Si.

ARTA. Y lo habeis llevado acuestas por espacio de cincuenta pasos?

PORT. Por mas de seiscientos.

ARTA. Y lo habeis comido en un día?

PORT. Cisi... Pero os lo repito, amigo mio, he sido muy desgraciado.

ARTA. Acaso vuestra muger?

PORT. Murió hace tres años.

ARTA. Vuestra fortuna...

PORT. Ha crecido mas cada dia.

ARTA. Entonces, qué diablos os entristece? Sois rico, viudo y fuerte como Milon de Crotona? No es cierto?

PORT. Ciertísimo: tengo todo eso, y sin embargo me tengo por infeliz... porque soy ambicioso.

ARTA. Vos ambicioso!

PORT. Si: todo el mundo es alguna cosa, excepto yo. Vos sois caballero, Aramis es caballero, Athos es conde...

ARTA. Y vos quisierais ser baron?

PORT. Ah!

ARTA. Acabiramos de una vez; sino es mas que eso, yo os prometo que con poco trabajo lograremos vuestro intento.

PORT. Qué decis?

ARTA. La verdad.

PORT. Y qué es preciso hacer para lograr ese título?

ARTA. Abandonar vuestro castillo; volver á tomar las armas; correr otra vez aventuras, y dejar, como sucedia antes, un poco de nuestra carne en los caminos.

PORT. Es la guerra lo que me proponéis?

ARTA. Exactamente. Habeis seguido la política, amigo mio?

PORT. Yo? Para qué?

ARTA. Estais por los principes ó por Mazarino?

PORT. Estaré por el que me haga baron.

ARTA. Bien dicho, Porthos: y estais dispuesto á seguirme?

PORT. Hasta el cabo del mundo.

ARTA. En ese caso, no perdeis tiempo: tal vez

partiremos mañana.

PORT. Mañana?

ARTA. Pensaba en vos cuando habeis llegado. PORT. Ha sido casualidad! y dónde vamos?

ARTA. No lo sé.

PORT. Sino sabeis donde vamos, nos perderemos indudablemente.

ARTA. Tranquilizaos. Mazarino, á cuyo servicio vais á entrar, nos mandará un guia. El jueves próximo nos embarcaremos en Bolongne.

PORT. Todo eso está muy bien: pero no han entrado en vuestro plan de campaña nuestros antiguos compañeros, Athos el mas prudente, y Aramis el mas galante de los caballeros franceses?

ARTA. Y quien sabe dónde se encontrarán en este momento? Ah! si pudiéramos unirlos á nuestra suerte, yo me tendria por bastante dichoso. Pero Aramis vivirá subyugado por alguna hermosa dama, y Athos estará completamente embrutecido: bebia tanto; oh! que cosa tan detestable es el vino... (*bebe*) cuando es malo.

ESCENA VII.

Dichos y la POSADERA.

POSA. Perdonad, caballero, si llego sin vuestra licencia. El señor conde de la Fere pregunta por vos.

ARTA. Por mi! Habrá sabido!... Guíad'le al momento hasta nosotros.

POSA. No hay para qué, vedle.

PORT. (*ap. á la posadera.*) Patrona, disponednos una buena cena.

POSA. Seréis servido al momento.

ESCENA VIII.

ARTAÑAN, PORTHOS, y ATHOS.

ATHOS. (*entrando.*) Querido D' Artañan, ya me teneis en vuestros brazos. (*se abrazan*) Y vos, amigo Porthos, no quereis darme un ¿apretón?...

PORT. Con toda el alma

ARTA. Decid Athos, no os sorprende el encontraros con vuestros antiguos compañeros en esta miserable posada?

ATHOS. No; lo que me maravilla es no encontrar tambien á Aramis...

ARTA. Como! vos...! sabiais!...

ATHOS. Que debía encontraros aqui á todos.

ARTA. Eso me hace comprender... pero ahora que me acuerdo, Athos, aqui teneis vino de Borgoña, del que tanto gustais, y del que todavia no os he ofrecido.

ATHOS. Gracias D' Artañan, ya no bebo, ó á lo menos no bebo mas que agua.

ART. Vos! Athos, convertido en bebedor de agua? Imposible.

PORT. Sacrelegio.

ATHOS. Os parece, amigos míos, que yo bebia como todo el mundo?

ARTA. No en verdad: nadie os igualaba en beber ni en callar cuando bebais. No parece sino que tratabais de ahogar vuestras penas.

ATHOS. En efecto, así era, amigo mio.

ART. Y la causa de esos pesares?

ATHO. Ya no existe.

ARTA. Tanto peor.

ATHO. Tanto peor!

ARTA. Si; porque iba á proponeros una distraccion.

ATHO. Cuál?

ARTA. Volver á nuestra vida anterior. Decidme, Athos, si os fuera ventajoso, no volveriais á empezar en mi compañía y en la de Porthos las empresas de nuestra juventud?

ATHO. Con que es una proposicion la que me hacéis?

ARTA. Clara y franca.

ATHO. Para entrar en campaña?

ARTA. Si.

ATHO. A favor de quien y contra quien?

ARTA. Sois muy exigente!

ATHO. Y laconico sobre todo. Escuchad, D' Artañan: una sola causa hay á la cual pueda servir un hombre como yo... la del Rey.

ARTA. Precisamente.

ATHO. Si, pero entendámonos. Si por la causa del Rey comprendéis la de Mazarino, hemos concluido.

ARTA. (Ap.) Esto se enreda.

ATHO. Hablemos claros D' Artañan, vuestra duda al responderme y vuestros rodeos, me dicen con dolor de parte de quien estais.

ARTA. Ah! mi querido Athos!

ATHO. Ah! mi querido Artañan, bien sabéis que no rechazo la compañía por vos, que sois la perla de los valientes y de los hombres leales y atrevidos... la rechazo porque nunca serviria á Mazarino. Si este es el amor que me proponéis, D' Artañan, mil gracias.

ARTA. Creed, amigo mio, que á ser otra mi posicion no hubiera abrazado la defensa de semejante causa. Pero ya lo veis, amigo mio, veinte años hace que soy alfez de Mosqueteros, y ya me cansa una posicion tan miserable.

ATHO. Hé aquí lo que habiamos previsto Aramis y yo, y por eso os escribi lo mismo que á Porthos.

ARTA. Porthos por su parte tiene tambien muy graves motivos.

PORT. Si, muy graves.

ATHO. Respeto vuestras intenciones y no las acenso, pero ya tarda demasiado Aramis, y esto me inquieta.

ARTA. Creo que siguiendo á la primera aldeana bonita, que hayan visto sus ojos, se habrá estroviado en el camino.

ESCENA IX.

Dichos y ARAMIS.

ARA. (entrando.) Os equivocais, nunca falto á mis amigos.

ARTA. Aramis!

ARA. Porthos, Artañan!

ATHO. Nos teniais con cuidado.

ARA. Y por qué?

ATHO. Los caminos están infestados de espaholes.

ARA. Perdonadme, amigos míos, si os confieso que mucho antes de anochecer me hallaba en Bethume, y no muy lejos de esta posada.

ATHO. Pero que motivo?...

ARA. Al entrar en el pueblo, he visto á una muger que me ha recordado á la pobre Maria Michok, y lo confieso con verguenza, me ha costado gran trabajo separarme de sus ventanas.

ATHO. Lo veis, siempre el mismo.

ARA. Qué quereis? Amo á las hermosas y á mis amigos. Ya no tengo mugeres que me amen, pero soy dichoso al recordar que no me separaré desde hoy de mis antiguos camaradas.

ATHO. Os engañais, Aramis; Porthos y Artañan se han comprometido por Mazarino.

ARA. Será posible?

POSA. (desde la puerta.) Señores, la cena está dispuesta (se retira.)

ARTA. La cena? Quién la ha mandado preparar?

PORT. Yo! porque no era justo quedarse sin cenar el dia en que teniamos el placer de vernos juntos.

ARA. Tambien Porthos, por lo que veo, sigue fiel á sus antiguas inclinaciones.

PORT. Para mi es la mesa, como para vos los amores, un artículo de necesidad. Pero ya perdemos tiempo.

ATHO. Un momento, señores. Antes que nos sentemos á la mesa, quizá por la ultima vez, quiero que afirmemos nuestra alianza. Sea cualquiera, señores, la bandera que sigamos en las guerras civiles que van á suscitarse, juremos servirnos mutuamente de padrinos en nuestros duelos, como amigos leales en nuestras desgracias, y como alegres compañeros en los placeres.

ART. Oh! con mucho gusto.

PORT. Hé aquí mi mado!

ARA. Y la mia.

ATHO. Este pacto solemne, llena de consuelo mi corazón. Nada me seria mas doloroso que perder vuestra amistad.

ART. Y qué, no hay otro pacto mas terrible aun que el de la amistad entre nosotros? No hay el de la sangre?

ATHO. Quereis hablar de Milady? Acaso pensais en ella D' Artañan?

ART. Confieso mi debilidad, Athos. Pero no fija una vez la vista en vos, siempre tan bueno tan amable, que no me acuerde de la terrible noche de Armentieres, que no estrañe la entereza con que pronunciasteis la sentencia de muerte contra aquella muger, de quien solo vos no teniais queja alguna.

ATHO. Eso os ha admirado, no es cierto?

ARTA. Si, lo confieso: perdonadme Athos, si he podido ofenderos en esto.

ATHO. Amigos, dejadme referir un episodio de mi vida, que no he contado jamás á persona alguna... Eso tal vez os lo explicará todo...

ARA. Decid, querido amigo.

ATHO. Yo tenia veinte y cinco años; era conde, era el primero de mi provincia, en la cual mis antepasados habian vivido casi como reyes; tenia una fortuna de principe y todos los sueños de amor; felicidad y gloria que se pueden tener á los veinte y cinco años; ademas era dueño absoluto de mi persona, de mi nombre y de mi fortuna. Un dia vi en uno de mis pueblos á una jóven de diez y seis años; vivia con su hermano, jóven melancólico y sombrio: hacia seis meses que habian llegado al pais y na-

die sabia de dónde venian. Pero al mirarles á ella tan hermosa y á el tan piadoso, no se soñaba en preguntárselo. Era el señor del país y hubiera podido seducirla ó robarla... Desgraciadamente yo era hombre de bien, y me casé con ella.

ART. Supongo que la amabais.

ARTO. Esperad! La llevé á mi castillo, la hice la primera señora de la provincia; oh eso sí desempeñaba perfectamente su papel.

ART. Y bien?

ARTO. Un día en medio del ardor de la caza, su caballo asustado dio un bote, ella cayó y se desmayó... Estábamos solos, me lancé á su socorro, y como estaba sofocada con sus vestidos, los abrí con mi puñal, y... adivinad lo que tenía en la espalda, D' Arlañan?... Una flor de Lis... Estaba marcada.

ART. Que decís, Athos?

ARTO. La verdad pura... amigos míos, el ángel era un demonio, la jóven hermosa y sencilla, había robado los vasos sagrados de una iglesia con su pretendido hermano, que era su amante; yo supe todo esto despues por su hermano, que fue preso y condenado.

ART. Y qué hicisteis de ella?

ARTO. De ella!.. Tenia en mis dominios el derecho de vida y muerte; acabé de desgarrar los vestidos de la condesa, tomé una cuerda y la colgué de un árbol.

ART. Cometisteis un asesinato.

ARTO. No, por desgracia; porque mientras al galope me alejaba de aquel sitio fatal, de aquel país maldito, vino sin duda alguno y la salvó. Entonces ella abandonó la Francia, pasó á Inglaterra; se casó con un Lord, de quien tuvo un hijo; despues el Lord murió y ella volvió á Francia, donde robó los adornos de la Reina, asesinó á Buckingham, envenenó las aguas del convento donde estaba vuestra hermosa Constanza, y consumió otra infinidad de crímenes.

ART. Pardiez, ahora lo comprendo todo.

PORT. Y yo tambien.

ART. Bah!... era una infame; dejémosnos de escrupulos.

ART. Afortunadamente no quedan señales de esa ocurrencia ni de esa muger...

ARTO. Esa muger tenia un hijo, fruto de su enlace con Lord Winter... hermano de nuestro amigo.

ART. Sí; por eso dijisteis al verla morir: ni siquiera ha pensado en su hijo!

ART. Eh! quién sabe lo que habrá sido de él? Muerta la serpiente, muerta su camada... Pareceos que nuestro compañero Winter, el mismo que nos encaminó al cumplimiento de aquel acto de justicia, se habria entretenido en criar al tal hijo?.. Y aun cuando exista, como estaba en Inglaterra apenas conocia á su madre... Además, todo se hizo en el silencio de la noche, nosotros teniamos interés en guardar secreto, y lo hemos guardado... nada sabe, nada puede saber.

PORT. Y qué diablos! El muchacho debe haber muerto; y si vive, que se presente... pero vamos á cenar.

ART. Vamos. *(vanse los cuatro por la escalera.)*

ESCENA X.

LA POSADERA, sola.

Vamos, que no han charlado poco estos señores. Ya se vé, tendrian que contarse sus amores, sus aventuras... Pero esto á mi nada me importa; lo principal es que cenen, y luego á cerrar y á acostarnos: mi obligacion es poner buena cara á todos y guardar mi corazon para mi pobre marido. Pero ahora que me acuerdo, ¿qué habrá sido del pobre hombre que fue acompañando al señor inglés? Fue mucha imprudencia la suya... Salir en el estado que se encuentran los caminos...

ESCENA XI.

LA POSADERA, EL POSADERO y despues el VERDUGO conducido por algunos aldeanos.

VOCES. *(dentro.)* Abrid abrid.

POSA. Quién llama?

UNA VOZ. *(Dentro.)* Somos nosotros, los vecinos que traemos un hombre herido.

POSA. Un herido! Juan, Antonio, acudid presto.

POSADERO. *(saliendo.)* Qué es eso, qué se ofrece?

VER. *(dentro.)* Soy yo, abrid por piedad.

POSA. Vamos, qué te detienes? Abre. *(El posadero abre y entra el Verdugo, traído en brazos de varios aldeanos. vendada la cabeza.)*

POSA. ¡Ómo! Este buen hombre!...

POSADERO. El que salió acompañando al Señor Inglés?

POSA. Mira si tenia yo razon para decirte que no fueras.

POSADERO. Y qué haremos ahora?

POSA. Pobre hombre! Será preciso subirle á un cuarto.

VER. *(á quien sus conductores han sentado con trabajo en una silla.)* Oh! no: echad un colchon; sufro demasiado.

POSADERO. *(á su muger.)* Trae un colchon. *(vase la posadera.)* Vosotros arrimad esos dos bancos. *(juntan dos bancos.)* Pero cómo ha sido esta desgracia?

VER. Regresaba ya de haber puesto en salvo al Señor Inglés, cuando muy cerca de aqui me asaltaron los mismos españoles de esta mañana, los que habiéndome reconocido, empezaron á descargar sobre mi sendas cuchilladas, hasta que caí al suelo sin sentido.

HOMB. 1.º Entonces llegamos nosotros en su socorro, y viendo que se estaba desangrando de la herida que tenia en la cabeza, le vendamos lo mejor que nos fué posible con nuestros pañuelos, y le conducimos á esta posada.

POSA. *(con un colchon.)* Aqui está el colchon.

POSADERO. Bien... colocadle ahí... ahora ponedle esta almohada... Qué mas se puede hacer para aliviaros? *(ponen el colchon sobre los bancos, y sobre al colchon al Verdugo.)*

VER. Ah! no se: no podriais ir á buscar un cirujano?

POSADERO. A estas horas! *(aparece Mordant en la puerta de la izquierda.)* Pero somos felices.

Aquí tenéis cuando podéis desear... Venid, venid, señor doctor, el cielo os trae de nuevo.

VER. Por favor, amigo mio, acudid pronto. Cu-

nozco que la vida me abandona, y quisiera...
 MORD. Estoy á vuestras órdenes... Tened la bondad de retiraros á esotra pieza. Yo os avisaré si se ofrece algo.

POSA. Lo que gustéis. Señores, buenas noches, hasta mañana. *(se van todos por la puerta del fondo.)*

ESCENA XII.

EL VERDUGO y MORDAUNT, *que se sienta á su lado.*

MORD. A vuestro lado estoy: hablád, disponed de mi arte

VER. Ay! tal vez sea ya demasiado tarde; he perdido tanta sangre...

MORD. Sufrís mucho?

VERD. Más del alma que del cuerpo.

MORD. Teneis remordimientos?

VER. Sí, remordimientos que me destrozan el alma!

MORD. Los crímenes se purgan de esa suerte; pero los criminales deben á la sociedad y al mundo una reparacion. Los médicos como los confesores, pueden recibir la confesion ingénuamente de un moribundo, y si yo no puedo absolveros, podré consolaros.

VER. Es preciso que sepais antes quien soy.

MORD. Decid.

VER. Yo soy... Pero temo que me abandoneis si os lo digo.

MORD. No tengais miedo

VER. Soy el antiguo Verdugo de Bethume.

MORD. El antiguo Verdugo! *(retrocede.)*

VER. Sí, pero hace diez años que abandoné mi cruel oficio.

MOR. Teneis horror á vuestra profesion?

VER. Mientras la ejercia en nombre de la ley y de la justicia, mi sueño era tranquilo porque estaba al abrigo de los remordimientos; pero despues que servi de instrumento á una venganza particular... desde aquella noche...

MORD. Qué decís?

VER. Que en vano he tratado de acallar mi conciencia con diez años de buenas obras. Si, me parece que Dios no me ha perdonado, porque el recuerdo de aquel asesinato horrible, me persigue sin cesar por todas partes.

MORO. Habeis cometido un asesinato?

VER. Me parece que todas las noches se presentan ante mis ojos el espectro de una muger.

MORD. Una muger?

VER. Oh! fué una noche horrorosa.

MORD. Cuál?

VER. La del 22 de Octubre de 1636.

MORD. *(ap.)* La misma fecha que dijo á Lord de Winter... *(alto.)* Proseguid.

VER. *(incorporándose.)* Habitaba yo una pequeña casa en una calle retirada de Bethume, cuando una noche llamó á mi puerta un hombre que parecia un gran señor, y me enseñó una orden firmada por Richelieu... Esa orden mandaba obedecer al que la llevaba.

MORD. La orden estaba firmada por Richelieu?

VER. Sí, más no me atrevo á decir si servia para otro objeto distinto de aquel para que fué enviada...

MORD. Continuad!

VER. Le seguí.. reservándome resistir si el ofi-

cio que de mí se reclamaba era injusto. En el camino encontramos otros cuatro hombres... El último guardaba la puerta... Está allí? preguntó el hombre que habia venido á buscarme. Sí, respondió el último de sus compañeros.

MORO. Que es lo que oigo, Dios mio! *(ap.)*

VER. Entonces nós apremos, y llevándome junto á la ventana, el hombre que me habia buscado, me enseñó al través de los vidrios, una muger sentada junto á una mesa, sobre la que ardía una lámpara, y me dijo: esa es la muger que vas á ejecutar.

MORD. Y obedecisteis?

VER. Iba á negarme, cuando fijando atentamente los ojos sobre aquella muger, la reconocí.

MORD. La reconocisteis? Vos!

VER. Sí, aquella muger habia seducido y perdido á mi hermano... Una noche desaparecieron ambos con los vasos sagrados de una iglesia... Despues encontré á mi hermano pendiente de una horca; de ella no habia tenido noticia hasta entonces.

MORD. Continuad.

VER. Mi deber era perdonarla; pero resonaba la voz de mi hermano que me pedia venganza. Entonces abrieron de golpe la ventana, y dos hombres entraron por ella, y tres por la puerta, yo entré con los últimos. Al vernos la muger, conoció que estaba perdida, que no habia para ella esperanza, porque lanzó un grito, y pálida y muda, como si este grito hubiese agotado todas sus fuerzas, huyó al fondo de su calabozo, hasta donde se lo permitieron las paredes de su prision.

MORD. Esto es horrible.

VER. No es verdad que es horrible? Pero escuchad todavia: los cinco hombres se erigieron entonces en acusadores de aquella muger, y á su vez la echaron en cara los mas detestables crímenes: despues unánimes pronunciaron su sentencia de muerte, y yo... me encargué de ejecutarla.

MORD. *(l. vantándose.)* Desdichado! Y cometisteis tan horrible crimen?

VER. Os juro por la salvacion de mi alma, que creia realizar un acto de justicia.

MORD. Ah *(ap.)* Todavía no estoy cierto. *(se levanta y corre los cerrojos á la puerta del fondo.)*

VER. Me abandonais?

MORD. No, no, *(volviendo á sentarse)* Tranquilizaos, no os abandonaré... Sin embargo, es preciso que me respondais, pero sin omitir nada; sin callar nada; solo una sincera confesion, solo un firme arrepentimiento puede abrirnos las puertas del cielo. Esos cinco hombres, esos cinco miserables, quiénes eran?

VER. No lo he sabido jamas. Solo puedo decirlos que vestian el uniforme de los Mosqueteros.

MORD. Todos?

VER. No, uno de ellos vestia como un simple caballero, pero este no era francés, era un inglés.

MORD. Un ingles? Y se llamaba?

VER. Lord Winter

MORD. *(Lord Winter! Ah! eran ciertos mis presentimientos.)* *(alto)* Y el nombre de aquella muger?

VER. Ana de Borneil.

MORD. Madre mia!..

VER. Perdonadme... yo muero.

MORD. Perdonarte! Sabes por ventura quién soy yo?

VER. Vo'?

MORD. Juan de Winter.

VER. De Winter!

MORD. Y aquella muger... Era mi madre.

VER. Su madre! (*cayendo.*)

MORD. Sí, mi madre! Mi madre asesinada, sin que yo pudiera saber dónde ni cómo.

MORD. Oh! perdonadme, perdonadme.

MORD. Perdonarte! Dios podrá hacerlo; yo, jamás.

VER. Por piedad...

MORD. No hay piedad para ti; muere, maldito. (*saca un puñal y le hñre.*)

VER. Socorro!.. peidon!

VOCES. (*desde fuera.*) Abrid, abrid.

MORD. Ah! (*suena de sí tira el puñal y se precipita hácia la ventana, por la que salta despues de ábrirla con violencia.*)

ESCENA XIII.

EL VERDUGO moribundo. EL POSADERO, LA POSADERA, los cuatro Mosqueteros, criados, y vecinos.

POSADERO. Qué sucede, Dios mío!

VER. SOCORRO! SOCORRO!

POSADERO. Y el Doctor, dónde está?

VER. Me ha asesinado.

ARTA. Asesinado! Amigos, corramos tras de ese miserable.

VER. No, dejadle ir... era su hijo!

ARTA. Qué hijo? Explicaos.

VER. Dios mío! Qué veo? Ese uniforme!

ART. Mé engañan mis ojos? El Verdugo de Bethume!

VER. Sí, el Verdugo, vuestro cómplice.

ART. Cielos! Y ese hombre que os ha asesinado, quién es?

VER. El hijo de Milady.

LOS CUATRO MOSQUETEROS. Su hijo!

VER. Sí, el vengador. (*muere.*)

ARTA. Compañeros! su muerte por nuestra vida. Los Mosqueteros se van precipitadamente por la puerta de la izquierda á escepcion de Athos, que queda abismado en sí mismo, y como poseido de un profundo dolor. Algunos aldeanos marchan con los mosqueteros, mientras el resto rodea el cadáver del Verdugo.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Salon en París en casa de Lord Winter.

ESCENA I.

WINTER, ATROS.

WIN. Proseguid, conde.

ATROS. Nosotros le vimos espirar. En nuestro poder está el puñal de ese miserable, teñido en la sangre del Verdugo de Bethume.

WIN. Con que todo lo sabe?

ATROS. Todo, excepto nuestros nombres.

WIN. Pero, como y por qué ha salido de Inglaterra?

ATROS. De Inglaterra!

WIN. Si por cierto; allí estaba.

ATROS. Qué hacia?

VVIN. Era uno de los mas fervientes sectarios de Oliverio Cromwell.

ATROS. Pues cómo se ha afiliado en esa causa? No eran sus padres católicos? "

VVIN. A petición mia le ha declarado el rey bastardo, despojandole de sus bienes, y prohibiéndole usar el nombre de VWinter. El odio que profesa á Carlos I, es el origen de su adhesión á Cromwell.

ATROS. Y cómo se llama ahora?

VVIN. Mordant.

ATROS. No lo echaré en olvido. Ya que la providencia nos advierte, no nos durmamos. Pero por el pronto, tratemos, milord, del asunto que á Paris os conduce.

VVIN. Ante todas cosas, supongo que seguireis tan amigo como siempre de los señores Porthos y Aramis?

ATROS. Milord ha omitido sin razon el nombre de Artaghan. Los cuatro somos tan entrañables amigos como siempre. Pero en tratándose de los intereses políticos de nuestro rey, somos dos nada mas, Aramis y yo. Artañan y Porthos sirven á Mazarino, y en este concepto de ben favorecer la causa del usurpador Cromwell en Inglaterra.

VVIN. Amigo mio, os doy mis parabienes por haber abrazado la causa de los principes; la causa santa, la única adecuada á vuestro carácter noble y generoso. Os confieso que vine á Francia alentado por esta esperanza.

ATROS. Por ventura podemos servirnos en algo?

VVIN. Sí, conde; necesito de los dos. Avisásteis á Aramis?

ATROS. Ah! lo tenéis.

ESCENA II.

Dichos, ARAMIS.

VVIN. Tengo el honor de saludaros, caballero: llegais oportunamente, porque iba á solicitar del señor conde el permiso para presentaros á entrambos á la reina de Inglaterra.

ARA. A la reina?

ATROS. A Enriqueta de Francia! Dispensadnos, milord; pues no conocemos de esa desdichada reina mas que sus desgracias y malhadado destierro.

VVIN. Mas conozco yo; y esta mañana la prometí presentaros.

ATROS. En el Louvre?

VVIN. No, en las carmelitas. Estais dispuestos?

ATROS. A vuestras órdenes, milord.

ESCENA III.

Dichos, TOMY, PARRY.

VVIN. Qué se ofrece, Tomy?

TOMY. El aynda de cámara de S. M. la reina de Inglaterra pide permiso para entregar á vuestra señoría una carta de su augusta señora. (*Parry aparece en la puerta.*)

WIN. Parry, adelante. Qué noticias traeis ?

PAR. S. M. está buena, milord, pero muy triste.

VVIN. Os ha dado algun encargo para mi ?

PAR. Esta carta, milord.

VVIN. (*la abre y lee.*) « Milord, temiendo que si venis al Louvre ó á las Carmelitas, os sigan ó nos escuchen, prefiero pasar á vuestra casa. Lo inusitado de este paso hará que nadie me espie. Esperadme, pues, en vez de venir á buscarme. Llegaré casi al mismo tiempo que mi emisario. Vuestra afectisima: Enriqueta. » Bien Parry, aguardaré á vuestra señora.

TOMY. Permite milord que diga dos palabras mas ?

VVIN. Hablad.

TOMY. Acabo de interrogar al señor Parry... y ha averiguado que el hombre que nos siguió esta mañana...

WIN. Adelante.

TOMY. Está todavía en la esquina...

VVIN. Bien está; yo me precaveré: id con Dios... mil gracias.

ATHOS. Ha alterado en algo esa carta vuestros proyectos, milord ?

VVIN. No, conde.

ATHOS. Me pareció que estabais disgustado.

VVIN. No, sino sorprendido del grande honor que se me anuncia.

PAR. (*abriendo la puerta.*) Milord...

VVIN. Esta ahí la persona que me ha hecho el honor de escribirme ?

PAR. Justamente: ya se ha parado su litera á la puerta.

VVIN. Id á recibirla, Parry, id.

ARA. Es alguna dama ?

VVIN. Es una reina.

ATHOS. S. M. la reina Enriqueta !

VVIN. Si, señores.

ATHOS. Entonces nos retiraremos, milord.

VVIN. Todo lo contrario: entrad ahí, y escuchad la conversacion que va á mediar entre S. M. y yo. Podeis salir ó permanecer ocultos: si haceis lo primero, será señal de que admitis; y si lo segundo, de que rehusais.

ARA. Pero, milord, así sin comprender...

VVIN. Luego comprendereis: entrad, entrad. (*lo hacen.*)

ESCENA IV.

VVINTER, LA REINA, TOMY.

VVIN. Abrid las dos hojas de la puerta, Tomy, (*Tomy lo hace inclinándose.*)

REINA. (*entrando con traje negro.*) Al fin os veo, milord, (*alzándose el velo.*) Temia haber leído mal, temia que me engañasen las letras de que se compone vuestro nombre... Y, venis de parte del rey, milord ? Hablad, que teneis que decirme ?

VVIN. Tengo que entregar á V. M. este mensaje. (*se arrodilla y le presenta un estuche de oro.*)

REINA. (*abriendo el estuche y sacando una carta.*) Tres cosas me traeis, milord, que no habia yo visto hace mucho tiempo oro, una carta y un amigo leal... (*dándole la mano.*) Levantaos, milord gracias, amigo mio, gracias.

VVIN. V. M. me confunde.

REINA. Y ahora veamos lo que contiene esta preciosa carta. . Ah, sí; esta es la letra, es la firma de mi Carlos.. Amada esposa y señora: nos

» hallamos en la última estremidad: todos los
» recursos de que dispongo estan reconcentra-
» dos en este campamento de Neucarte, desde
» donde os escribo. Aqui espero al ejército
» rebelde; y aqui lucharé otra vez contra él,
» auxiliado por mis valientes escocés. Si venzo,
» prolongaré la lucha: si soy vencido, debere
» perder toda esperanza; y en este caso no me
» quedará mas recurso que acogerme á las cos-
» tas de Francia. Pero, será recibido en ellas
» un rey desgraciado, que tan funesto ejemplo
» llevará á un país conmovido ya por las discor-
» dias civiles? El portador de la presente, á
» quien conoceis como uno de mis mas anti-
» guos amigos...» (*presentando la mano á Win-
» ter.*) Oh! sí, milord... El portador de la pre-
» sente os dirá, señora, lo que no puedo confiar
» á una carta. Os explicará lo que de vos espe-
» ro; bendecirá en mi nombre á mis amados
» hijos, residentes en Francia; y os dirá cuán
» presente os tengo á todas horas en mi cora-
» zon, amada esposa y señora.— Carlos, que
» todavía es rey...» (*representa.*) Dios premita
que nuestros dos hijos, la princesa Isabel y el
duque de Gloucester que se hallan en Londres,
estén buenos. Oh! Diosmio! que no sea rey,
que le vengan, le destierren y le proscriban...
pero que viva! Que mis hijos renuncien al trono
de su padre, pero que vivan tambien!.. Decid-
me, milord, es tan desesperada la posicion del
rey?

VVIN. Mas desesperada es en verdad de lo que
él mismo cree, señora.

REINA. Y que espera de mi en este trance? Decid pronto.

VVIN. Que V. M. pida auxilio á Mazarino, ó cuanto menos un asilo en Francia.

REINA. Y creéis, milord, que he aguardado á recibir esta carta para hacer por mi parte cuanto he podido ?

VVIN. Y el cardenal...

REINA. Mazarino me lo ha negado todo, socorros asilo... dinero.

VVIN. Como!... ha negado un albergue al rey Carlos, al hermano de Luis trece, al tio de Luis catorce!...

REINA. Ay! harto le inquietan y cansan ya mi presencia y la de mi hija... Qué no seria la del Rey?... Triste es decirlo, milord; casi dá vergüenza, pero Enriqueta y yo hemos pasado el invierno en el Louvre, sin dinero, sin ropa, casi sin pan!... Muchas veces hemos pasado en el lecho parte del día, por no tener lumbre... y quizás habríamos muerto una y otra de hambre y de miseria, á no ser por las limosnas que se servia concedernos el parlamento!

VVIN. Qué horror!... la hija de Enrique cuarto muriendose de hambre en la patria de su padre! Del rey que queria que el último aldeano tu viese mas de lo necesario para mantenerse! Por qué no os dirigisteis á cualquiera de nosotros, señora? Hubiéramos partido con vos nuestra hacienda, ó por mejor decir, la hubieramos puesto toda á los pies de nuestra soberana.

REINA. Ya veis, VVinter, que solo puedo hacer una cosa... volver á Inglaterra en vuestra compañía.

VVIN. Para qué, señora?

REINA. Para morir con el rey, ya que no pueda salvarle.

VVIN. Eso es lo que mas temia S. M., señora: eso es lo que os ruega, lo que os manda en caso necesario, que os abstengais de hacer.

REINA. Dejémoslo, milord. No quiero que lucheis entre la deferencia que os merece vuestra reina, y la obediencia que debéis á vuestro soberano.... Hablemos de vos... de él... Al venir á Francia, no tenéis mas objeto que el que me habeis dicho?

VVIN. Otro tengo, señora.

REINA. Decidle.

VVIN. Antiguamente conoci en Francia á cuatro caballeros.

REINA. Cuatro caballeros! (*con tristeza*) Y es ese todo el auxilio que podeis prestar á un rey próximo á ser destronado?

VVIN. Ah! si los cuatro estuvieran á mi disposición, de muchas cosas responderia yo, señora... No habeis oido hablar de cuatro caballeros que en otro tiempo defendieron á la reina Ana de Austria contra el cardenal Richelieu?

REINA. Si, es una tradicion de la corte.

VVIN. De cuatro caballeros que atravesaron la Francia, venciendo toda clase de abstráculos, manchando con su sangre la seuda que siguieron hasta llegar á Inglaterra, en busca de los herretes de diamantes que estuvieron á punto de perder á Ana de Austria?

REINA. Si.

VVIN. Si yo os refiriera, señora, lo que esos cuatro caballeros han hecho, creeriais oír un capitulo de Ariosto, ó un canto del Tasso. Mas ¡ah! esta mañana he sabido que de esos cuatro valientes, solo quedan dos.

REINA. Han muerto los demas?

VVIN. Mejor seria... sirven al cardenal Mazarino.

REINA. Y los dos que quedan...

VVIN. Ignoro todavia, señora, si un invencible poder los detiene en Paris; ó si, aun cuando estén libres, retrocederian ante los peligros de esta empresa, ó consentirian en seguirme á Inglaterra.

ESCENA V.

Dichos, ATHOS, y ARAMIS.

ATHOS. Milord, decid á S. M. que por tan hermosa causa, iremos hasta el fin del mundo.

REINA. Dios mio! Estos señores nos estaban escuchando!

VVIN. Ya veis, señora, que podíamos decirlo todo delante de ellos.

REINA. Gracias, señores, gracias. Milord, sepa yo los nombres de estos valientes caballeros, para conservarlos religiosamente en mi memoria.

VVIN. Llámense el conde de la Fere, y el caballero D' Herblay.

REINA. No ha muchos años, señores, que tenia yo entorno mio cortesanos, ejércitos y tesoros... A una señal que yo hiciera, todos se empleaban en servirme. Hoy... mirad... para llevar á cabo una empresa de que dependen la salvacion de un reino, y la vida de un rey, solo cuento con Lord VVinter, á quien inspiro

una leal amistad hace veinte años; y con vosotros, señores, á quienes há poco conozco.

ATHOS. Ellos bastarán, señora; si la vida de tres hombres puede rescatar ante el Señor la de vuestro real esposo... Ahora, mandad: qué debemos hacer?

REINA. (*á Aramis*.) Y vos caballero, tenéis como el conde de la Fere, compasion de tanta desgracia?

ARA. Yo, señora, acostumbro á seguir al señor conde de la Fere á donde quiera que vá, sin preguntarle siquiera cual es su intento; pero tratándose de servir á S. M., no le sigo; señora, le precedo.

REINA. Ya que tenéis á bien consagraros al servicio de una pobre princesa á quien todos abandonan, os diré lo que deseo. El rey se encuentra solo en medio de escoceses, de quien desconfío, aun cuando mi esposo lo es tambien. Mucho exijo... Tal vez demasiado, porque carezco de títulos para ello.... pero si consentís en defender la gran causa de la monarquía, atacada en la persona del rey Carlos.... pasad á Inglaterra, señores; unios al rey... sed sus amigos, sus centinelas... caminad á su lado en las batallas; rodeade en su misma casa, donde se le arman asechanzas mas peligrosas que todos los azares de la guerra... y en pago de tantos sacrificios, os prometo, no recompensaros, porque esta palabra os ofenderia, y al desterrado que pide socorros, no le está bien hablar de recompensas, pero si amaros como á mis hermanos, y preferiros á cuantos no sean mis hijos y mi esposo.

ATHOS. Cuándo debemos marchar, señora?

REINA. Luego consentís?... Ah! este es el primer momento de esperanza que he tenido hace cinco años... Entendedlo bien: no os recomiendo su trono ni su corona; la vida de mi Carlos, de mi esposo, de mi rey, es lo que pongo en vuestras manos.

ATHOS. Esperad de nosotros todo lo que hacer pueden dos hombres resueltos á no retroceder ante peligro alguno.

REINA. (*presentándoles la mano que los dos caballeros besan de rodillas.*) Gracias, otra vez, señores; con toda mi alma os las doy.

VVIN. Quiere V. M. que la acompañe?

REINA. No; pudieran conoceros.

ATHOS. Nosotros, señora, no corremos el mismo peligro.

REINA. He venido en mi litera...

ATHOS. (*inclinándose.*) Entonces seguiremos humildemente, y á lo lejos, la litera de V. M.

REINA. Adios, conde. Decid al rey, que mis dias son un continuo dolor, y mis noches un prolongado insomnio... Que paso la vida orando; pero luego que llegue el momento en que el Señor nos reuna... en la tierra ó en el cielo, todo quedará olvidado. (*un momento despues de salir la reina, la siguen los dos caballeros.*)

ESCENA VI.

VVINTER, despues MORDAUNT.

VVIN. Pobre reina! (*aparece Mordaunt y se para en el umbral de la puerta. VVinter al apartarse*

del balcón, le vé y dice.) Quién anda ahí?.. Qué buscáis, caballero?

MORD. Oh! No me reconocéis?

VVIN. Os reconozco, sí; y para probároslo, repetiré en París lo que en Londres os dije. Vuestra persecución me causa: retiraos ó llamo á mis criados.

MORD. Tío!

VVIN. No soy tío vuestro, no os conozco.

MORD. Llamad si queréis á vuestros lacayos: yo aseguro que no me echareis de vuestra casa en París como me echasteis en Londres. V en cuanto á negar que soy vuestro sobrino, lo reñuntionareis mejor ahora, que he descifrado un misterio que hace un año ignoraba.

VVIN. Qué me importa?

MORD. Mucho... Estoy seguro, y vos lo creereis así en breve. La primera vez que os visité en Londres, fué para preguntaros el paradero de mis bienes... La segunda para saber por qué se había mancillado mi nombre... Confieso que entrambas veces me echasteis como habeis dicho de vuestra casa... pero ahora me presento á vos para haceros una pregunta mucho mas terrible: me presento para deciros como Dios dijo al primer asesino: «Cain, que has hecho de tu hermano?» Milord, qué habeis hecho de vuestra hermana?

WIN. De vuestra madre?

MORD. Sí, de mi madre, milord.

VVIN. Si queréis saber su paradero, preguntádselo al infierno: acaso él os conteste.

MORD. *(acercándose á VVinter.)* Se lo he preguntado al verdugo de Bethume; y el verdugo de Bethume me ha respondido... Oh! ahora me comprendéis... Con esa palabra se explica todo; con esa llave se abre el abismo... Mi madre había heredado á su esposo; vos asesinásteis á mi madre... mi nombre me aseguraba la herencia paterna; vos me privásteis de mi nombre... ya no extraño que no me reconocáis: no fuera bien visto que el hombre que despoja, llamara sobrino al hombre á quien ha empobrecido... que el matador, diera ese título á quien por él yace en la horfandad.

VVIN. Queréis penetrar ese horrible secreto, caballero?.. Bien está; sabed quien era la muger de quien hoy venis á pedirme cuenta... Esa muger envenenó á mi hermano; y para recoger mi herencia, iba tambien á asesinarme... Qué decis á esto?

MORD. Digo, que era mi madre.

VVIN. Convertió á un hombre que hasta entonces habia sido benéfico, justo y puro, en asesino del infeliz conde Bokingham... Qué decis de este crimen, cuyas pruebas tengo en mi poder?

MORD. Que era mi madre.

VVIN. De vuelta á Francia despues de este asesinato, envenenó en el convento de las agustinas de Bethume, á una muger que amaba á uno de sus amigos... Este crimen os convencerá de la justicia del castigo... Tambien tengo pruebas de ello.

MORD. Era mi madre.

WIN. En fin, cargada de asesinatos y de escesos, aborrecida de todos, y amenazadora todavia, como una pantera sedienta de sangre, succumbió á manos de hombres á quienes habia de-

sesperado, y que nunca la habiau hecho el menor daño... A falta de sus jueces naturales, encontró otros evocados por sus repugnantes crímenes... y ese verdugo que os ha referido todo, si lo que afirmáis es verdad, ha debido deciros que se estremeció de alegría al vengar en ella la vergüenza y el suplicio de su hermano. Hija perversa, esposa adúltera, hermana desnaturalizada, murió maldecida del cielo y de la tierra. = Eso era esa muger.

MORD. Basta, caballero: esa muger era mi madre!

Me habláis de sus escesos? No los conozco. De sus vicios? no los conozco. De sus crímenes? No los conozco. Era mi madre, y por lo tanto os lo prevengo... Tened muy presentes las palabras que voy á deciros, y grabadlas en vuestra memoria para nunca olvidarlas... De ese asesinato que me ha privado de todo, que me ha dejado sin nombre, que me ha empobrecido...! De ese asesinato, que me ha hecho perverso, cruel é implacable; sabré pedir cuenta á vuestros cómplices, cuando los conozca, y á todos mis enemigos, sin exceptuar al rey Carlos I.

WIN. Queréis asesinarme, señor mio?.. En ese caso si, os reconoceria por sobrino, por hijo de vuestra madre.

MORD. No; no os mataré en este momento, porque sin vos no puedo descubrir á los demás... Mas si averiguo el nombre de los cuatro desconocidos de Armentiers... temblad, caballero; temblad vos, y tiemblen vuestros cómplices! Ya he asesinado á uno sin lástima, sin misericordia; y era el menos culpable de todos. *(vase.)*

WIN. Gracias, Dios mio!.. Sea yo el único á quien conozca.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Sala en casa de Cromwell.

ESCENA PRIMERA.

CROMWELL, el coronel GROSLOW.

CRO. Decís, coronel?..

GROS. Digo, señor, que si queréis, hoy mismo á mañana á mas tardar, será nuestro el rey Carlos I.

CRO. Cómo así?

GROS. Porque le faltan los auxilios que esperaba de Francia; porque en vez de traerle su amigo Winter hombres y tesoros, ha traído solo algunos diamantes, último recurso de madama Enriqueta... y dos caballeros, postre refuerzo que le envia, no diré el monarca francés, para devolverle su corona, sino la nobleza, para verle morir.

CRO. Bien, coronel; pensaré en lo que me habeis dicho, y en el primer pliego que dirija al parlamento, haré mención de vuestro celo.

GROS. Pero, general Cromwell, me parece que por vuestra parte...

CRO. Por mi parte tambien espero noticias de

Francia: yo tambien he enviado emisarios á Mazarino.

Gros. Los emisarios pueden retirarse, las olas y los vientos no están á las órdenes de nadie, y si una vez se pierde la ocasion...

Cro. Os equivocais, coronel; las olas y los vientos, están á las órdenes del Eterno á quien por eso llamamos el Dios de las tempestades. El Eterno se ha declarado en nuestro favor.

Gros. Mi general...

Cro. Y para probaros lo que os digo. (*sentándose.*) mirad por ese balcon.

Gros. Os obedezco.

Cro. Caé al puerto.

Gros. Si.

Cro. Y, ¿qué veis de nuevo en el puerto?

Gros. Un buque que acaba de anclar.

Cro. Y en el camino del puerto á la ciudad, no veis á nadie?

Gros. Veo á dos embozados que parecen estrangeros.

Cro. Aplicad ahora el oido. ¿Qué ruido percibis?

Gros. El de una persona que sube.

Cro. El buque que está en el puerto, es el bergantin *Parlamento*; los dos embozados son los emisarios de Mazarino; el hombre que sube y que llama, (*lo hacen.*) es mi Secretario Mordaunt. Si lo dudais, coronel, id á abrir, y lo vereis.

Gros. (*abriendo.*) El cielo os inspira sin duda.

ESCENA II.

Dichos y MORDAUNT.

Cro. Sed bien venido, Mordaunt; anoche tube un presentimiento de que os veria esta mañana.

Mord. Era la voz del Señor: el Señor habla á los que tienen la mision de hablar en su nombre.

Cro. Qué traeis de Francia, hijo mio?

Mord. Buenas noticias.

Cro. Entonces sed dos veces bien llegado; ¿visiteis al Cardenal?

Mord. Le vi.

Cro. Os contestó?

Mord. Si.

Cro. De palabra?

Mord. Por escrito.

Cro. Y os ha entregado la respuesta?

Mord. Para darla mas importancia, os la remite con un alfez de Mosqueteros del Rey y un noble de la corte.

Cro. Se llaman?

Mord. El primero el caballero de Artañan; el segundo Duvallon.

Cro. Serán dos espías de nombramiento oficial.

Mord. El espíritu del Eterno reside en vos, á Dios no se engaña.

Cro. Y, ¿están abajo esos hombres?

Mord. Están esperando vuestras órdenes.

Cro. Ya lo ois, coronel Groslow, me parece que ha llegado el momento que deseabais.

Gros. Qué disponeis, mi general?

Cro. Que se pongan los coraceros sobre las armas,

y que nuestro regimiento y el resto de legército se hallen prontos á hacerlo al primer toque

de corneta.

Gros. Obedezco.

Cro. De paso decid á esos dos caballeros que suban. (*vase Groslow.*)

ESCENA III

MORDAUNT, CROMWELL.

Cro. Teneis algo mas que decirme, hijo mio?

Mord. Si señor: tengo que decirnos que en el mismo buque que nosotros ha pasado una muger á Inglaterra.

Cro. Una muger! y quièn es?

Mord. El general Cromwell la verá; un gefe debe verlo todo por sí mismo.

Cro. Y cómo podré verla?

Mord. He dado orden de que la vigilen y la traigan á vuestra presencia á la primer tentativa que haga para salir de la ciudad.

Cro. Luego es persona de importancia?

Mord. Vos lo vereis.

Cro. Silencio: alguien llega.

ESCENA IV.

Dichos, ARTAÑAN y PORTHOS.

Mord. Ent rad, Señores, estais ante el general Cromwell.

Cro. Señor Mordaunt, si no estais muy cansado de vuestro viage...

Mord. Ya sabeis, Señor, que yo nunca lo estoy.

Cro. Pues tomad esta carta destinada para vos; leedla, y ejecutad sin tardanza lo que en ella se prescribe, quemándola en seguida.

Mord. Cualesquiera que sean las órdenes que esta carta contenga, serán ejecutadas, milord.

Cro. Silencio, hijo mio; pueden oirnos.

Arta. (*en tanto que Cromwell sigue á Mordaunt con la vista.*) Vamos, ¿qué os parece, Porthos?

Port. Quièn?

Arta. El general Cromwell.

Port. Que por su facha no puede desmentir su oficio de carniceiro.

Arta. Os equivocais: el carniceiro es el coronel Harrison.

Port. Ah! si; este es...

Arta. (*observando que Cromwell se vuelve hácia ellos.*) Este es el general Oliverio Cromwell... Dejadme hablar.

Cro. Salud, Señores: no puedo creer lo que me dice Mordaunt. (*Mordaunt se vá.*)

Arta. No dice mas que la verdad, si afirma que venimos á vos como emisarios del ilustrisimo Cardenal.

Cro. Perdonad. Repito que no puedo creer tanto honor. ¿Es conocido por ventura al otro lado del estrecho el nombre del cervezero de Huntington?

Port. (*Ah! es verdad: era cervezero.*)

Arta. Silencio... (*bajo á Porthos*) No se conoce al otro lado del estrecho el nombre del cervezero de Huntington, sino el del vencedor de Mars-ton Moor; y de Newbury.

Port. Bravo! De dónde sacará este demonio de Artañan las cosas que dice?

Cro. Bien se conoce, caballero, que venis de la corte mas galante de Europa. ¿Cómo seguia la

Reina cuando salisteis de Paris?

ARTA. La Reina Ana de Austria?...

CRO. No; nuestra Reina, S. M. la Reina Enrique-ta de Francia, esposa de Carlos I, contra quien combaten en este momento, con harto pesar, los leales hijos de Inglaterra.

ARTA. Creo que S. M. sigue bien. Hace mucho tiempo que no he tenido el honor de verla.

CRO. Pues qué, ¿no vá ya al *Palacio Real*?

ARTA. Ignoto si vá. Pero hace mas de un año que no la he visto allí.

CRO. Entonces irá el Cardenal Mazarino á hacerla la corte?

ARTA. El Cardenal Mazarino no tiene tiempo para tanto, porque lo emplea en escribir. Y esto me recuerda que soy portador de una carta.

CRO. Para mí?

ARTA. Para vos.

CRO. Dádmela. (Vamos, Mazarino sabe escoger sus emisarios: el tal caballero de Artañan es hombre de talento.)

PORT. (*bajo*) Oid, Artañan.

ARTA. Qué hay?

PORT. No me parece gran cosa el señor Oliverio Cromwell, mirad su traje.

ARTA. Peor vestido iba cuando se presentó en la cámara de los comunes, y cuando el famoso Hampden dijo al verle: ¿veis á ese aldeano tan mal vestido?... Pues ha de ser, si no me engaño, uno de los mas graudes hombres de nuestra época.

PORT. Y quién era el famoso Hampden?

ARTA. El primer hombre de Inglaterra, antes que Cromwell le hiciera ser el segundo.

CRO. Gracias, Señores. (*después de leer*.) El Cardenal Mazarino no ha defraudado mis esperanzas. Es un gran político.

PORT. (Cosa rara! No dicen lo mismo en Francia.)

ARTA. ¿Nos hareis el honor de darnos contestacion?

CRO. Debeis de estar cansados, Señores. Id á reposar... y mañana...

ARTA. ¿Mañana nos entregareis la respuesta?

CRO. No; mañana os marchareis, y direis... direis lo que hayais visto, ni mas ni menos... Salud, Señores.

ARTA. Qué dices de esto, Porthos?

PORT. Que ha hecho muy bien en despedirnos, porque siento un apetito...

ARTA. ¿Tendremos el honor de volveros á ver antes de marchar?

CRO. Mi casa es vuestra, Señores, y siempre que paséis sus umbrales, durante vuestra residencia en Inglaterra, me hareis una honra y me causareis una satisfaccion.

ESCENA V.

CROMWELL, solo.

Bien: todo contribuye al logro de mis planes. Mazarino le abandona y los escoceses le venden... Solo quedaba un hombre entre el trono y yo. No me llamarán Rey, pero escogeré otro nombre, seré el protector, el padre de Inglaterra. El mismo Carlos primero me considerara como enemigo suyo, y mas de una vez me ha escogido por mediador entre su perso-

na y el parlamento... (*sonriendo*.) Mediador... sí. Como lo es el hacha entre el paciente y el Verdugo... Gente viene... Protector... excelente titulo. ¿Quién va?

ESCENA VI.

CROMWELL, dos soldados y la REINA, con un disfraz de aldeana escocesa.

SOLD. Mi general, esta muger...

CRO. Ah! sí; ya se me olvidaba... Quién es esta muger?

SOLD. Ha llegado en el bergantín *Parlamento*, y la hemos detenido porque se dirigia al campamento realista; aqui la traemos.

CRO. Bien, amigos, que entre.

SOLD. Lo ois? El general os llama.

REINA. (*entrando*.) ¡ El general!... ¿Qué general, señores?

SOLD. Si hay en Inglaterra muchos que llevan ese titulo, uno tan solo lo merece... el general Cromwell.

REINA. Luego al general Cromwell es á quien debo pedir justicia de la tropelia que conmigo se ha cometido?

CRO. Sí, señora; y el general Cromwell os la hará, si efectivamente ha sido así.

REINA. Tropelias es, caballero, si la ley inglesa asegura como antes la libertad de las personas.

CRO. La ley inglesa asegura la libertad de todos los buenos ingleses.

REINA. Y, ¿dónde están los buenos ingleses? ¿En el campamento del general Oliverio Cromwell ó en el del rey Carlos I?

CRO. En ambas partes los hay, Señora.

REINA. Ann entre los que hacen la guerra á su soberano?

CRO. Nosotros no hacemos la guerra á nuestro soberano, si no á sus ministros; respetamos la monarquia en el monarca... y al monarca en el hombre; sepamos ahora quién sois.

REINA. Soy Catalina Parry.

CRO. A dónde os dirijis?

REINA. A Escocia.

CRO. Con qué objeto?

REINA. Con el de recoger en mi nombre y en el de mi hermano la herencia de mi padre que acaba de morir.

CRO. Sois del condado de Perth?

REINA. Sí.

CRO. Luego sois hija de Guillermo Parry?

REINA. Sí.

CRO. Y hermana de Han Parry.

REINA. Sí; ¿Cómo sabeis todo eso?

CRO. Ya veis que lo sé: ¿por qué no lo dijisteis cuando os prendieron?

REINA. Lo dige.

CRO. ¿Y no quisieron creeros?

REINA. No.

CRO. Qué quereis? Los hau engañado tantas veces, que ya desconfian.

SOLD. Con que, ¿no mentia esta muger, mi general?

CRO. No.

SOLD. ¿Y hemos hecho mal en prenderla y traerla aqui?

CRO. No por cierto. A mi me toca conocer á los

buenos entre los malos... para eso me ha hecho el Eterno ser lo que soy.

SOLD. Entonces podrá pasar libremente?

CRO. Libremente. Marchaos. (*se van.*)

ESCENA VII.

CROMWELL; LA REINA.

REINA. Con esa autorizacion, los seguiré.

CRO. Un instante... (*levantándose y descubriéndose.*) Si V. M. lo permite.

REINA. ¡Gran Dios! ¿Qué estáis diciendo?

CRO. Digo, que es sobrada imprudencia en la hija del rey Enrique IV, en la hermana del rey Luis XIII, en la esposa del rey Carlos I, venir á Inglaterra, en estos momentos, y desembarcar justamente en una poblacion ocupada por el general Oliverio Cromwell.

REINA. Os equivocais; ni soy hija, ni hermana, ni esposa de reyes, sino de unos pobres montañeses.

CRO. Guillermo Parry solo tenia una hija.

REINA. Pues esa hija...

CRO. Esa hija cuyo nombre habeis tomado, murió hace seis meses, y ese Parry, cuya herencia vais á recoger, vive todavia.

REINA. Veo que conoceis á todos los habitantes de Inglaterra y Escocia.

CRO. Si; á todos los que mi interés ó mi deber me precisan á conocer, señora, y siendo así, ¿queria V. M. que no la conociese?

REINA. Bien está. Desisto de mi negativa; soy, no una reina que viene á ejercer su soberanía, porque en realidad Carlos I ya no es rey... sino una muger que desea compartir la suerte de su esposo. Ahora haced de mi lo que gustéis.

CRO. Yo soy quien debo esperar las órdenes de mi soberana.

REINA. ¿Qué decís?

CRO. Que para mis cólegas, para el parlamento, para la misma nacion, Carlos I acaso no será en el día mas que Carlos Stuardo; pero para mí, Carlos Stuardo es siempre rey.

REINA. Cierito que estoy confusa, caballero.

CRO. Digo, Señora, que la providencia nada hace en valde, y que ella es la que á mi os envia para que yo os envíe á vuestro esposo.

REINA. ¡Qué oigo! Podré reunirme á él!

CRO. Si, señora, y le direis lo que vais á oír de mi boca, lo que nunca habeis oído, la verdad!... Decidle que si dá la batalla es perdido.

REINA. Dios mio!

CRO. Decidle que tal vez no haya actualmente en toda Inglaterra mas que un hombre que desee sinceramente la salvacion del rey Carlos, y que ese hombre es el general Oliverio Cromwell.

REINA. Hablais de buena fé, caballero?

CRO. Si, pero que se guarde: detrás de la voluntad está el destino; detrás de la providencia la fatalidad; y yo, señora, yo soy el hombre del destino, el hombre de la fatalidad; que se marche.

REINA. Gran Dios!

CRO. Diez años ha, señora, iba yo á dejar á Inglaterra para pasar á América; ya pisaba el buque que debia conducirme... Una orden del rey no me permitió abandonar mi suelo natal, don-

de me esperaba el porvenir... Que se marche.

REINA. Pero eso es renunciar á toda esperanza. CRO. Señora, á los quince años de mi edad se me apareció una muger: llevaba en la mano una cabeza coronada; cogió la corona de la cabeza, y la colocó sobre la mia... Que se marche.

REINA. Luego confesais...

CRO. Señora, mi nodriza tenia una mancha roja que se prolongaba desde su hombro hasta su pecho, y cuando aplicaba este á mis labios, parecia que en vez de leche me nutria con sangre!... Que se marche! Que se marche!

REINA. Se marchará, caballero. Pero, ¿cómo podré reunirme con el Rey?

CRO. Yo os daré un salvo conducto.

REINA. Y si me pierdo?... La noche se acerca.

CRO. Os daré un guia.

REINA. Cuándo?

CRO. Al momento; aguardad...

REINA. Señor...

CRO. Ved que si ahora entraran, pudieran creer que debeis á mi indulgencia lo que es de estricta justicia. (*ponese á escribir.*) Tomad este pase, entendido á nombre de una muger que se dirige al ejército realista.

REINA. Gracias! gracias!

CRO. No es esto todo. (*da una palmada.*) Findley?

(*sale un criado.*) Findley, acompañad á esta señora, cualquiera que sea el disfraz que se ponga, hasta las avanzadas del ejército realista.

FINO. Bien está, mi general.

CRO. No recibais ningun obgeto con que su generosidad quiera pagaros.

FINO. Así lo haré, mi general.

CRO. Dos horas necesitais para llegar al campamento. (*Findley hace un movimiento.*) Ya lo ois, dos horas; ni mas ni menos. Me parece que ahora (*á la Reina.*) no podreis decir á la persona á quien vais á visitar, que yo soy su enemigo.

REINA. Plegue á Dios que digais la verdad, caballero. De todas maueiras, gracias. (*vase con el Criado.*)

ESCENA VIII.

CROMWELL, solo

CRO. Dentro de dos horas será tarde para que Carlos se aproveche del consejo... pero no por eso he dejado de aconsejarle bien, y Dios me perdonará.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Una sala en el palacio de Withe-hall.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, PARRY, dormido en un sillón; luego ARAMIS y el CORONEL TOMINSON.

REY. Duerme!... La lealtad ha cedido al cansancio. Pobre y anciano servidor... que me arrullaste en la cuna, y que me acostarás en el sepulcro. Duerme, leat Parry... A mi me parece que estoy soñando... si; todo lo que me suce-

de hace quince dias es un sueño, es un delirio. (va á la ventana.) Mas ay! no... todo es cierto!.. veo relucir los mosquetes de los centinelas... Veo trabajar á unos hombres junto á la ventana... Hace quince dias que me hallaba al frente de mis escorces. Traidores! Ayer me condenó el parlamento; y ahora estoy prisionero en Withe-hall... Esos retratos de mis antepasados parece que se animan para verme morir. Tranquilizaos, mis nobles abuelos, quedareis contentos de mí. (siéntase á la mesa.)

PAR. Dios mio! Perdon, perdon, señor: me he dormido; pero en medio de mi sueño he oido una campana. Qué hora es?

REY. Seránate; aun nos quedan algunos instantes para estar juntos... hasta las ocho...

PAR. Oh! mi rey...! Y se atreverán á cometer semejante sacrilegio?

REY. Que te han respondido tocante á mis hijos?

PAR. Que V. M. puede verlos.

REY. Y de mi confesor?

PAR. Que vendrá el que habeis designado. Solo que su puritanismo se asusta de que un sacerdote llegue hasta V. M. en su traje eclesiástico, y exigen que entre vestido de seglar.

REY. Y él, ¿ha consentido?

PAR. Ha dicho que estaba dispuesto á todo por cumplir los decretos de V. M.

REY. Entonces, son mejores de lo que yo esperaba... No he dormido esta noche, y estoy muy fatigado.

PAR. Acostaos un instante, señor; yo velaré, y espero que respetarán vuestro sueño.

REY. Si, un instante, para cobrar fuerzas. (se acuesta y se oyen golpes.)

PAR. Dios mio! Esto solo nos faltaba.

REY. No habrá medio de obtener que esos trabajadores hagan menos ruido? (el ruido se redobla.)

PAR. (abre la ventana.) Si señor, voy á suplicárselo.

CENTINELA. (dentro.) Alrás!

PAR. Quisiera solamente decir á esos trabajadores que el rey les ruega que hagan menos ruido.

CENTINELA. Si es eso, corriente.

PAR. Amigos, queeis tener la bondad de golpear con mas suavidad? El rey está durmiendo y necesita descansar... Señor conde de la Fere! (viendo parecer á Athos, el cual le hace señas de que calle.)

ARTA. (dentro.) Bueno: está bien; dile á tu amo que si esta noche duerme mal, mañana dormirá mejor.

PAR. (cierra la ventana.) Gran Dios! Estoy soñando? Sabeis, señor, quién es el obrero que hace tanto ruido?

REY. Como quieres que lo sepa?

PAR. Es el conde de la Fere.

REY. Entre esos trabajadores! Estas loco, Parry?

PAR. Si señor; y sin duda con intencion de procuraros una salida.

REY. Silencio! Tú lo has visto?

PAR. Y V. M. puede tambien verlo, si quiere desde esa ventana.

REY. En efecto. No fué él quien me saludó cuando salía del parlamento?

PAR. Si señor, el mismo.

REY. De nada les servirá decir que soy tirano: la posteridad me vengará, como me consueta en este instante la lealtad de unos pocos.

PAR. Señor, oigo ruido en el corredor.

REY. Quién puede venir?

ARA. (dentro.) El confesor.

ESCENA II.

Dichos, ARAMIS, y despues el CORONEL TOMISON. Aramis embozado en una capa negra, y cubierto con un sombrero de ala ancha.

REY. Bien venido... Vamos, Parry, no llores. Entred, padre mio... Venid, mi último amigo; no crei que os permitieran verme.

ARA. Qué hombre es este, señor?

REY. Parry, mi antiguo servidor, mi anciano amigo: un modelo de lealtad, que os recomiendo despues de mi muerte.

ARA. Entonces nada tengo que temer. Permittedme, señor saludar á V. M., y deciros á lo que vengo. (se descubre.)

REY. El caballero de Herblay!... Ah! cómo habeis podido llegar aqui?... Si os reconocen, sois perdido.

ARA. No penseis en mí; pensad en vos, señor. Vuestros amigos velan; ya lo veis.

REY. Ya lo sabia.

ARA. Y cómo, Señor?

REY. Parry ha reconocido al conde de la Fere entre los obreros.

ARA. Bravo!

REY. Pero, cómo es eso?... Explicadme... Está solo?

ARA. No señor: está con dos de nuestros antiguos compañeros que se han unido á nosotros para defender vuestra causa. Servian en distinto campo, pero hoy solo tratamos de salvarlos ó de perecer con V. M.

REY. Pero qué pensais hacer?

ARA. Ayer noche oiriais un grito delante de vuestra ventana?

REY. Si, me acuerdo.

ARA. El gefe de los trabajos fué quién dió ese grito. Cayó una viga y le rompió una pierna.. Para que la obra fuese mas aprisa, tenia que enviar al carpintero cuatro trabajadores; pero su herida le obligo á enviar una carta por medio de otro. Nosotros compramos la carta y nos presentamos con ella al carpintero, que nos ha recibido.

REY. Pero cual es vuestra esperanza?

ARA. Libertarios, ó perecer con vos.

REY. Pero para conseguir eso, necesitaris mucho tiempo?

ARA. Nos sobra tiempo, señor.

REY. Olvidais que á las ocho?...

ARA. No por cierto, pero el ejecutor no parecerá.

REY. Dónde esta?

ARA. En una sala baja de la fonda del Ciervo, custodiado por nuestros criados.

REY. Y una vez libre de esta prision, qué medios teneis para huir?

ARA. Hemos fletado una barca, ligera como una golondrina. Hace tres noches que esta á nuestra disposicion; y una vez á bordo, aprovechamos la marea, pasamos el Támesis, y á las dos horas estamos en alta mar.

REY. Quién ha combinado ese plan?

ARA. El mas diestro, el mas valiente, y estoy por decir el mas leal de los cuatro; el caballero D'

Artañan.

REY. Un hombre á quien no conozco! Oh, Dios mio! vos no quereis que yo muera, pues haceis tales milágras en mi favor.

ARA. Ahora no olvidéis que velamos por vos... Espiada la menor seña, el menor gesto de cuantos se acerquen á V. M. Espiada, escuchad y comentado todo.

REY. Que puedo decirlos! No encuentro palabras con que manifestáros mi gratitud. Si dais cima á vuestra empresa, no os diré que salvais á un rey, no... La corona, el solo juro, es ya para mi bien poca cosa... pero conservad un esposo á su muger, un padre á sus hijos...! Caballero, dadme la mano.

ARA. Oh, señor!...

REY. Y la reina?... Mi pobre muger!...

ARA. En el instante mismo en que V. M. salia de la plaza de Withe-ball arrancamos á la reina de aquel funesto espectáculo. Apenas supo nuestros proyectos, se alejó precipitadamente, y no la hemos vuelto á ver.

REY. Pobre Enriqueeta! qué habra sido de ella?

TOM. (entrando.) Hemos concluido, señores?

REY. Por qué, señor coronel Tomison?

TOM. Porque una muger, que trae un pase del general Cromwell, quiere hablarlos.

REY. Una muger! Quién será? Que entre.

TOM. Acordaos que no os queda mas que una hora.

REY. Está bien, coronel.

TOM. Entrad, señora. (vase cerrando la puerta.)

ESCENA III.

Dichos, la REINA.

REINA. Señor!...

REY. Enriqueeta... Vos aqui!... me engañan mis ojos?...

REINA. No os engañan vuestros ojos, no, Cárlos.

REY. Pero quien os ha permitido llegar hasta aqui?...

REINA. El general Oliverio Cromwell.

REY. Cromwell!

ARA. Cromwell!

REINA. Ya me dió antes un pase para llegar á vuestro campo, pero el guia se estravió, y llegué demasiado tarde.

REY. Y no habeis temblado al pedir una gracia á ese hombre?

REINA. Lo que únicamente temia era no volver á veros. Instruida de los proyectos de nuestros fieles amigos, era absolutamente necesario que llegase hasta vos, y para conseguir veros solo tenia una esperanza, Cromwell. Por de pronto estando junto á él con mis ojos clavados en sus ojos, y sondeando todos los pliegues de su corazón, tu Enriqueeta, cuya vida eres, le há preguntado, rogado y conjurado en nombre de Dios y de los hombres... Pues bien; créeme, Cárlos, creedme caballero, lejos de aplaudir esta muerte, pública, terrible, infamante, Cromwell la condena. Con la mano en el Evangelio me há jurado que él no desea otra cosa que vuestra vida, vuestra libertad; que á sus mismos proyectos serian estas mas útiles que vuestra muerte. Cárlos, querido Cárlos, confiemos en Dios, y creed que nos ha reuni-

do para no separarnos mas, para que huyamos juntos, y para que nos encontremos pronto, lejos de esta tierra ensangrentada, libres y felices en la hermosa Francia, que es mi patria y que llegará á ser la vuestra.

REY. Pero, en fin, que te ha dicho?

REINA. Me ha encargado que os repita lo que os ha hecho saber muchas veces: que si no es el servidor mas fiel de V. M., al menos es vuestro mas leal enemigo; y me ha presentado como prueba de su piedad, su negativa á figurar entre vuestros jueces.

REY. Sin embargo, señora, ha firmado mi sentencia.

REINA. Ha firmado!

REY. Si.

REINA. Acaso podía obrar de otra manera en la posicion que ocupa, y espiado como se halla por todas partes?

REY. Este hombre es un abismo; pero no importa, mientras que el abismo se halla alumbrado por un rayo de esperanza. Mira, Enriqueeta, cerca de mi hay un verdadero amigo, ademas otros... (se oyen golpes en el pavimento.)

ARA. Ois, señor, al conde de la Fere?

REY. Es él quien trabaja por bajo de mis pies?

ARA. El mismo.

REY. Cuáles son sus proyectos?

ARA. Durante el dia seguirá trabajando; por la noche levantará algunas cosas del pavimento, y os proporcionará fácil salida.

REINA. (oyendo una campana.) Ah, suena un reloj!...

REY. (escuchando.) Las ocho!

ARA. Ya veis, señor, que vuestra ejecucion se deja para mañana, pues ha pasado la hora señalada.

REY. Querida Enriqueeta, acordaos bien de lo que os voy á decir.

REINA. Hablad, mi soberano.

REY. Ruega á Dios mientras que vivas, por el caballero que ves á mi lado... ruega por el que trabaja bajo de nuestros pies; ruega, en fin, por cuantos, bállese donde quieran, trabajen y velen por mi salvacion y mi vida.

ARA. Permitidme, señor, que me retire: vuestros amigos me necesitan tal vez en este momento; si teneis algo que ordenarme volveré otra vez.

REY. Gracias, caballero; creed en mi eterno agradecimiento.

REINA. Jamás olvidaré que debo la vida de mi esposo á vos, y á vuestros amigos.

ARA. Ah! señora, deteniéndome pueda reconocerme: no temo por mi, sino por vos y por vuestro esposo. Si me viesen aqui, adivinarian la trama, y todo se habia perdido.

REY. Hasta la vista, amigo mio.

ARA. Dios vele por vos, señor. (al dirigirse Aramis hácia el fondo, se oyen pasos en la galería.)

REINA. Qué ruido es este?

REY. Parecen pasos de gente armada.

ARA. Vienen hácia aqui.. se aproximan. (la puerta se abre y un hombre enmascarado aparece sobre el umbral. Se vé la antecámara llena de soldados. Entra Tomison.)

REINA. Abren la puerta! Ah! Dios mio! (al ver al verdugo.)

ARA. Qué traeis?

TOM. La sentencia del parlamento. Escuchad.

REY. No es necesario; podeis omitir su lectura.
REINA. Pero... ha de egecutarse... ahora mismo!..

TOM. Ahora mismo. A las ocho; asi se previno al rey.

ANA. (Habrá dejado escapar al verdugo?)

REINA. Cielos! me engañaban.... Quien es ese hombre que acaba de aparecer sobre el humbral, bajo esa negra máscara?

TOM. El verdugo de Londres ha desaparecido, y ese hombre se ha ofrecido á ocupar su puesto. Asi no se prolongará el tiempo que Carlos Stuardo dijo que necesitaba para arreglar sus deberes religiosos, porque todos los demás han concluido ya para él.

REY. (abrazando á Aramis.) Estoy pronto... pero deseo obtener una gracia; quiero abrazar á mis hijos, á los que no he visto hace tres años.

TOM. Un cuarto de hora hace que os aguardan en esa habitacion.

REINA. (arrojándose en los brazos del rey.) Dios mio!

REY. Enriqueeta, no agoteis mis fuerzas con vuestras lágrimas, que me desgarran el corazon. Vos no sois ya la esposa de Carlos Stuardo, sois la reina de Inglaterra. Acuérdate, Enriqueeta, de que nuestros hijos no tienen ya mas que madre... Adios!

REINA. Oh! no, no, señores, es imposible..! Porque este hombre es vuestro rey... es sagrada su persona, y no cometeréis un crimen horrendo. (al ver que todos comienzan á marchar y que el rey los sigue, dá un grito y cae desmayada.)

REY. Parry, cuida de la reina. La muerte no me coje desprevenido; pero permitid que me arrodielle breves instantes. (lo hace.) Caballero, prestadme el último servicio... vuestro brazo... (á Aramis.) Señores, estoy á vuestras órdenes... Marchemos. (al ir á salir se acerca á la reina y la besa la mano.) Adios, Enriqueeta!!!

REINA. (que vuelve poco á poco de su desmayo y escucha la voz del rey.) Ah! (vuelve á desmayarse)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

El teatro representa una calle oscura. A la izquierda del actor, se divide la escena figurando un salon de pobre aspecto; en él habrá, á la izquierda, dos puertas practicables, y á la derecha una reja con una celosia espesa. Mesa con recado de escribir, sillas y lucas. El aspecto de la casa es lúgubre y ruinoso por fuera, figurando tener su entrada por la parte de detrás que no vé el espectador.

ESCENA PRIMERA.

MORDAUNT, ARTAÑAN, y criados.

(Allevantarse el telon, un hombre envuelto en una capa negra, cubierta la cabeza con un sombrero de ala ancha, inclinado sobre el rostro y este cubierto con máscara, sale por la derecha y se adelanta con precaucion hácia la casa: descubre bajo la máscara una barba cana. Mira con cuidado á su alrededor, y se decide á abrir la puerta. Vuelve á mirar con mas detencion, y entra precipitadamente en la casa. Artañan sale luego y se adelanta rápidamente por el mismo camino por donde ha veni-

do el desconocido, á quien ha visto entrar en la casa.

ARTA. (hace seña á dos criados que salen por distintos puntos y que corren á reunirse con él.) Aquí entró. Este es el punto donde nos hemos citado. (á uno de los criados.) Blaisois, ya te acordarás del camino que hemos traído. Corre á la fonda, conduce aquí á esos señores, y si le hicieron alguna pregunta, diles solamente que yo los espero. No te detengas. (el criado se vá y Artañan se adelanta hácia la casa.) Esta es la puerta. Tendrá otra salida? (dá la vuelta al rededor de la casa.) Por aqui no se puede escapar. (habla al oido con el otro criado, y este se desemboza y sacando un enorme cuchillo, se oculta detrás de la casa.) Pues señor; mientras llegan mis compañeros me colocaré en esta esquina en observacion, é infeliz del traidor, si llega á salir... y temo que se me escape. (al desembozarse saca un par de pistolas y se retira por la izquierda.)

ESCENA II.

ATHOS, ARAMIS, PORTOS y el primer criado. (derecha.)

ANA. Siempre perseguidos por la fatalidad.

ATHOS. Noble y desgraciado rey! Dios nos ha abandonado.

PORT. Conde, no os aflijais; todos somos mortales; pero, ¿cómo diablos no ha vuelto D' Artañan á la ciudad? Por qué nos ha enviado á Blaisois? Y por qué no quiere este decirnos una sola palabra? Habrá sucedido alguna nueva desgracia?

ANA. Pronto lo sabremos, puesto que nos envia á llamar.

PORT. Yo le perdi en medio de la confusion, y por mas esfuerzos que hice, no pude volver á encontrarle.

ATHO. Yo tambien le vi colocado de los primeros en medio de aquella muchedumbre, y como el espectáculo era sin duda alguna muy curioso, habrá querido quedarse hasta lo último.

ARTA. (que ha oido las últimas palabras de Athos, saliendo.) Ah! Señor conde de la Fere!; cómo calumniáis á los ausentes!

TODOS. D' Artañan!

PORT. Aqui le tenéis.

ATHOS. Yo no os calumniaba, amigo mio: estamos inquietos sin saber de vos, y dije que os habia visto. No conociais al rey Carlos; y siendo para vos una persona estraña, no estabais obligado á amarle como nosotros le amábamos. (al pronunciar estas palabras, presenta la mano á Artañan: este aparenta no haberlo notado, y guarda la suya debajo de la capa.) Abandonemos pues este abominable país. La falua nos espera, ya lo sabeis; partamos esta misma noche, nada tenemos que hacer en Inglaterra.

ARTA. Mucha prisa tiene el señor conde.

ATHOS. Este suelo salpicado de sangre abrasa mis pies.

ARTA. No me sucede á mi otro tanto.

ATHOS. Y qué quereis que hagamos aqui despues de la muerte del rey?

ARTA. Con qué es decir que el señor conde cree que no nos queda que hacer nada en Inglaterra?

ATHOS. Solo nos resta consumir inutilmente nuestras fuerzas.

ARTA. Pues bien; yo vil y ruin; yo espectador ansioso de sangre, que he ido á colocarme á treinta pasos del cadalso para ver rodar de cerca la cabeza de ese rey que no conocia, y que en concepto vuestro me era tan indiferente, yo, señor conde, pienso de distinto modo que vos... Yo me quedo.

PORT. Cómo! ¿os quedais en Londres?

ARTA. Sí: ¿y vos?

PORT. Yo! ¿qué queréis que haga? Puesto que he venido con vos; me iré cuando vos partais: no quiero dejaros solo en este horroroso pais.

ARTA. Gracias, mi buen amigo! Entonces tengo que proponeros una empresa que realizaremos tan pronto como el conde haya partido. Ha sido una idea que tuve cuando presencié el espectáculo que todos sabemos.

PORT. Hablad.

ARTA. Deseaba saber quién era aquel hombre enmascarado que se prestó tan obsequioso á cortar la cabeza del rey.

ATHOS. Un hombre enmascarado! ¿Luego no se os escapó el verdugo?

ARTA. El verdugo estaba encerrado en la sala baja de nuestra posada.

ATHOS. Quién es el miserable que ha puesto la mano sobre su rey?

ARTA. Un verdugo de afición, que sabe manejar el hacha con suma ligereza, y que no necesitó mas que un solo golpe.

PORT. Ahora siento no haberle seguido.

ARTA. Mi querido Portbós, esa fué la idea que me asaltó en aquel momento.

ATHOS. Yo daría todo lo que poseo, por descubrir á ese miserable.

ARTA. Pronto vamos á verlo.

Todos. Cómo!

ARTA. Mientras yo miraba, no al rey como el señor conde cree, sino al verdugo enmascarado, estaba discurriendo el modo de averiguar quién era; y como tenemos la costumbre de ayudarnos mutuamente en semejantes casos, miré al rededor para ver si estaba Porthos, á quien habia reconocido cerca del rey, á Aramis y á vos, conde: sabia que deberiais estar en aquel momento sobre el cadalso, y os perdono vuestra indiscreción, porque conozco que habeis sufrido mucho. Vi en medio de aquel gentío á nuestros criados, á quienes hice seña para que no se alejasen mucho. Ya recordareis como aquello concluyó! El pueblo se fué retirando poco á poco; iba oscureciendo, y yo tambien me retiré con mis amigos á un estremo de la plaza, observé desde allí que el verdugo volvió á entrar en palacio, se embozó en su capa y desapareció. Me figuré que habia de salir, y por lo mismo me coloqué enfrente de la puerta. En efecto, á los cinco minutos le vimos bajar la escalera.

ATHOS. Y le habeis seguido?

ARTA. Dejadme concluir. Despues de una hora de camino por las calles más tortuosas de la ciudad, llegó á una casa aislada. Sin duda se creyó mi hombre que nadie le seguía, porque

óí crujir una llave, abrió una puerta y desapareció.

ATHOS. Pero esa casa...

ARTA. Miradla. (señalando la casa.)

Todos. Oh! (queriendo dirigirse á ella. En este momento Crombell y Mordaunt, salen por la segunda puerta de la izquierda; Cromwell se sienta á escribir y Mordaunt se sienta á su lado de espaldas á la reja.)

MORD. Lo dicho; mi general, ya no tenemos ningun enemigo á quien combatir. Teneis algo que mandarme?

CRO. Tengo aun que escribir al parlamento. Sentaos.

PORT. Dejad que entre y de un puñetazo...

ARTA. Deteneos. (da dos palmadas y el criado escondido detrás de la casa, sale del sitio donde estaba oculto.) Supongo que nadie ha salido de la casa, y que el infame estará en esa habitación.

PORT. Sin duda: al menos se vé luz en ella. (mirando por la ventana que dá al piso bajo de la calle.)

ARA. Sería preciso mirar por esta ventana... Qué diablo, son tan espesas estas celosias...

ARTA. Aguardad, junto al quicio se nota una abertura por donde sale mayor claridad. Amigo Porthos, tendrais á bien servir de escalón á Aramis?

PORT. Por qué no? (se encorba y Aramis se coloca sobre sus hombros para llegar al cerco de la ventana.)

ARTA. Alcanzais á ver?

ARA. Sí.

ARTA. Y qué veis?

ARA. Dos hombres.

ARTA. Los conoceis?

ARA. Esperad.

ARTA. Qué están haciendo?

ARA. El uno escribe.

ATHOS. Y quiénes?

ARA. Si no me engaño...

ATHOS. Vamos.

ARA. Aguardad.

ARTA. Quién es?

ARA. El general Oliverio Cromwell.

Todos. Cromwell!

ARTA. Ya me lo sospechaba yo. Pero... ¿y el otro á quien he venido siguiendo?

ARA. Está de espaldas... (se levanta Mordaunt y se vuelve de cara á la reja.) Ahora se levanta... y se aproxima al general... Ah! (da un grito y salta al suelo.)

PORT. Qué es eso?

ARTA. ¿e habeis conocido... pronto.

ARA. Mordaunt.

Todos. Ah! (con alegría.)

ATHOS (Fatalidad!)

ARTA. Un momento, caballeros; que esto ofrece ya algun interés... Aramis, Porthos... oid... y vos, Athos, mirad si alguien se acerca. Cuando hace poco vigilaba al rededor de la casa porque no se nos escapase nuestro hombre, noté una puertecita escusada, la cual debe de ser alguna otra salida. Su cerradura me pareció endeble, y no nos sería difícil hacerla saltar con la punta de nuestro cuchillo. Qué os parece?

ARA. Escelente idea. La saltamos, y puede que

la suerte nos conduzca al fin de nuestros deseos.

ARTA. Porthos, quereis seguirnos?

PONT. Ya sabéis que á todo estoy resuelto.

ARTA. Pues entonces manos á la obra. Aramis, ved si forzáis la puerta, interin colocó á nuestros criados para que guarden las salidas de la casa. (*tóñse los tres, y Artañan coloca á los criados, uno guardando la ventana, otro en el esquinazo de la casa, y otro se va con él*)

ESCENA III.

CROMWEL, MORDAUNT.

CRO. Ya he concluido mi comision al parlamento; ahora podeis decir...

MORD. Digo, señor, que si os dignásteis entregarme dos de esos franceses, cuando solo eran culpables de haber tomado las armas en favor de Carlos I, ahora que han conspirado ademas contra Inglaterra, ¿tendreis á bien entregarme los cuatro?

CRO. Vuestros son, Mordaunt. (*Mordaunt se inclina con sonrisa feroz de triunfo.*) Pero ya es hora de descansar, tomad el pliego donde os recomiendo al parlamento, y separémonos

MORD. Os ausentais, señor?

CRO. Si; ya he dormido aqui dos noches, y sabéis que no acostumbro á dormir tres en un mismo lecho.

MORD. De modo que vuestra señoría, me deja libre toda esta noche?

CRO. Y el día de mañana si lo necesitais. ¿Os venis conmigo, Mordaunt?

MORD. Gracias, señor: los rodeos que hay que dar para salir por el subterráneo, me harian perder mucho tiempo, y segun lo que este pliego contiene, temo haber perdido ya demasiado... Saldré por la otra puerta.

CRO. En ese caso, adios. (*vose por la primera puerta izquierda, y Mordaunt le acompaña alumbrándole con una lámpara. Así que ambos desaparecen, por la segunda puerta entran Aramis, Porthos, Athos y Artañan. Cuando ya están en la escena y dirigiéndose hácia la ventana, vuelve Mordaunt, y al dejar la luz se encuentra con Artañan que con el sombrero en la mano se le adelanta con muestras de urbanidad. Porthos y Aramis acuden á cerrar el paso por donde sale, colocándose delante de las puertas*)

ESCENA IV.

MORDAUNT, ARTAÑAN, PORTHOS, ARAMIS, y ATUOS.

ARTA. Caballero Mordaunt, supuesto que al cabo de tantos días perdidos en correr unos detrás de otros, ha querido al fin la casualidad reñirnos en este sitio, hablaremos un rato si no lo llevais á mal.

MORD. Ya os escucho, caballero.

ARTA. Párceme que sabéis cambiar de traje con tanta celeridad, como los farsantes que el cardinal Mazarino hizo venir de Bergamo, y que sin duda os llevaria á ver, durante vuestra permanencia en Francia.

ATA. Hace un momento que estabais disfrazá

do... quiero decir, vestido con traje de asesino y ahora...

MORD. Y ahora, por el contrario, me encuentro, á lo que parece, en el traje de un hombre á quien van á asesinar, no es así?

PONT. Ah! caballero, ¿cómo podeis decir semejante cosa, cuando os hallais en compañía de unos caballeros como nosotros, y ceñis tan buena espada?

MORD. No hay espada por buena que sea, que equivalga á cuatro espadas y cuatro puñales, sin contar las espadas y los puñales de los que quedan á la puerta.

ATA. Perdonad, caballero, que estais en un heror. Los que nos esperan á la puerta, no son mas que criados.

ARTA. Pero no es eso de lo que ahora se trata, y vuelvo á lo que os decia. Me habia permitido preguntaros, por qué habiais mudado de traje. El disfraz, á mi juicio, os cuadraba perfectamente: la barba cana os sentaba á las mil maravillas, y en cuanto al bacho con que descargásteis tan ilustre golpe, creo que tampoco os sentaria mal en este momento. ¿Por qué habeis abandonado todo esto?

MORD. Porque recordando la escena de Armentiers, he creído que ballaria cuatro hachas en vez de una, puesto que iba á verme entre cuatro verdugos.

ARTA. (*con calma*) No creais que haré caso de vuestras frívolas palabras... y las llamo frívolas, porque lo que acabais de decir respecto á Armentiers, no tiene la menor relacion con la situacion presente. Nosotros no podiamos ofrecer entonces una espada á vuestra madre y rogarla que la midiese con las nuestras; pero á vos, caballero, á vos que sois jóven y sabéis manejar el puñal, la pistola y el bacho en los términos que hemos tenido ocasion de verlo, y ceñiendo ademas una espada como esa, creo que no deja de ser razonable el pedirnos que la esgrimais contra las nuestras.

MORD. Ah! Ah! ¿Es un duelo lo que deseais?

ARTA. Perdonad, perdonad; no os apresuremos, pues todos nosotros debemos desear que las cosas vayan en regla. Volved, pues, á tomar asiento, mi querido Porthos, y vos, caballero Mordaunt, permaneced tranquilo todavia, pues vamos á arreglar este asunto del mejor modo posible. Permitidme que os hable con franqueza, caballero Mordaunt, y confesad que teneis grandes deseos de acabar con alguno de nosotros?

MORD. Con todos.

ARTA. (*volviéndose á Aramis.*) Es una fortuna que el caballero Mordaunt se explique con esa claridad, pues al menos de ese modo no habrá lugar á dudas ni equívocaciones. Por mi parte sé deciros, caballero Mordaunt, que todos estos señores corresponden con usura á vuestros deseos, y tendrán un singular placer en acabar con vos. Mas diré, y es que probablemente lo conseguirán; pero siempre, por supuesto, como leales y cumplidos caballeros. (*al decir estas palabras arroja al suelo el sombrero, retira la silla hácia la pared, y hace señas á sus amigos para que le imiten. En seguida saludando con gracia á Mordaunt, dice.*) Estoy á

vuestras órdenes, caballero, pues si nada tenéis que oponer al favor que os pido, deseo ser el primero que se bata con vos.

PORT. Alto ahí; yo soy el que va á empezar y sin retólicas.

ARA. Permittedme, Porthos.

ARTA. Caballeros; caballeros, no alterarse, que ya os llegará vuestra vez. Permaneced pues en vuestro sitio como Athos, cuya serenidad os ruego imiteis, dejandome la iniciativa en este asunto. (*sacando la espada y con gesto terrible.*) Además que yo estoy mas particularmente obligado á este caballero, y deseo... y quiero principiar... cuando gustéis. (*á Mordaunt.*)

MORD. Caballeros, vuestra conducta no puede menos de sorprenderme! Os poneis á discutir sobre quién ha de ser el primero á batirse conmigo, y no os cuidáis de consultarne á mi, sin embargo de no ser á quien menos interesa la cuestion. Es muy cierto que os odio á todos, pero en diferente grado. Espero tambien que os mataré á todos, pero tengo mayor probabilidad de matar al primero que al segundo; al segundo que al tercero; y á este que al último. Exijo pues, el derecho de elegir adversario; y si me negáis ese derecho, podeis asesinarne, pues no me batiré.

PORT. Y ARA. Es muy justo.

MORD. Pues bien; elijo por adversario al que no creyéndose digno de titularse conde de la Fere, se hace llamar Athos.

ATHOS. Caballero Mordaunt, es imposible todo duelo entre los dos: conceded á otro el honor que me habeis dispensado.

MORD. Hola! parece que hay uno que tiene miedo.

ARTA. Voto al diablo! Quién osa decir aqui que Athos tiene miedo?

ATHOS. (*con sonrisa de tristeza y desprecio.*) Dejadle decir lo que quiera, Artañan.

ARTA. ¿Estais resuelto, Athos?

ATHOS. Irrevocablemente.

ARTA. Pues bien; no hablemos mas sobre este asunto. Ya lo habeis oido, (*á Mordaunt.*) caballero, el señor Conde de la Fere, no quiere haceros el honor de batirse con vos. Elegid pues entre los restantes el que queráis que le reemplace.

MORD. Supuesto que no me he de batir con él, cualquiera de vosotros me es indiferente; poned vuestros nombres escritos dentro de un sombrero, y yo sacaré uno á la suerte.

ARTA. No es mala idea.

ARA. Con efecto: ese medio lo concilia todo.

PORT. Es medio que á mi no me hubiera ocurrido, sin embargo de ser bien sencillo.

ARTA. Vamos, Aramis, escribid nuestros nombres con aquella letra clara y menudita con que avisásteis á Maria Michok, que la madre de este caballero habia resuelto el asesinato de Milord Buckingham. (*Aramis se acerca á la mesa, divide un papel en tres pedazos, escribe en cada uno de ellos un nombre, y los presenta á Mordaunt, y este sin leerlos hace demostracion de estar satisfecho. Aramis los mete en el sombrero, se lo presenta á Mordaunt, el cual sin leerlo lo tira al suelo.*) (Todas las probabilidades que tengo de llegar á ser capitán de Mosqueteros, las daría solo porque esa cedula contuviese mi

nombre.

ARA. D' Artañan (*leyendo el papel en alta voz.*)

ARTA. Ah! Creo, caballero, que no tengais objecion alguna que hacer.

MORD. Ninguna absolutamente. (*desenvainando la espada y apoyando la punta sobre su bota.*)

ARTA. Estais preparado?

MORD. Yo soy por el contrario quién os aguarda.

ARTA. Pues en guardia! Y cuidado, porque os aviso que sé manejar la espada regularmente.

MORD. Y yo tambien.

ARTA. Tanto mejor! Con eso no me remorderá la conciencia. En guardia!

MORD. Un momento, caballero; dadme palabra de que no os batireis conmigo sino uno despues de otro.

PORT. ¿Decis eso por solo el placer de burlaros?

MORD. No por cierto, sino como decia poco ha este caballero; por tener la conciencia tranquila.

ARTA. Otra debe ser la causa. (*mirando al rededor.*)

PORT. Y ARA. Podeis contar con ello.

MORD. En ese caso, señores, baceos á un lado como el señor conde de la Fere, el cual, ya que no quiere batirse, dá muestras á lo menos de conocer las reglas del combate... y dejadnos espacioso, porque lo vamos á necesitar.

ARA. Sea como queráis.

PORT. Cuantas dificultades!

ARTA. Retiraos, Señores: es necesario no dejar á este caballero el mas mínimo pretesto para que se comporte mal; cosa que salvo el respeto que se merece, creo que sucederá. Vamos, estais ya en disposicion?

MORD. Lo estoy. (*cruzan las espadas. Mordaunt retrocediendo llega junto á la primera puerta, en la cual se parapeta, en el momento en que con mas encarnizamiento y despues de una falsa acometida, se lanza Artañan sobre él, la puerta se abre y desaparece por ella.*)

ARTA. Ola, retrocedéis y cambiáis de sitio? Como gustéis; siempre voy ganando algo. Miradme y vereis una cosa que jamás reflejará en vuestro espejo, es decir, una mirada franca y leal. Ah! lo que es ahora no os movereis de ahí, querido! Señores, ¿habeis visto alguna vez un escorpion pegado á la pared? No? pues atended que ahora lo vais á ver. (*Mordaunt se lanza y desaparece por la primera puerta, que cierra inmediatamente, cogiendo entre sus dos hojas la espada de Artañan.*) A mi, caballeros, forcemos esta puerta.

ARA. Por fuerza es el diablo en persona.

PORT. Se nos escapa, voto al diablo, se nos escapa. (*forzando la puerta con el hombro.*)

ARTA. Ya me lo presumia cuando el miserable iba cambiando de sitio; ya me figuraba que estaba tramando alguna infame maniobra; pero, ¿quién podría sospechar una cosa semejante?

ARA. Esta es una de las muchas desgracias que nos envia su amigo el demonio.

ATHOS. Es un favor manifiesto que Dios nos ha hecho.

ARTA. ¿Delirais, Athos! Como podeis decir semejante cosa á hombres como nosotros? Par diez! Olvidais quizá nuestra situacion? El miserable vá á enviarnos tal vez cien cotas de hierro, que nos machacarán como si fuésemos

grano, en este mortero de Cromwell... Vamos pronto! En camino. Si permanecemos aquí dos minutos, ya podemos decir que hemos concluido!

ATHOS, y ARA. Teneis razon, marchemos.

PORT. Y... à donde vamos?

ARTA. A la fonda à recoger nuestros caballos y maletas; y despues, si Dios quiere, à Francia, en donde conozco à lo menos la arquitectura de las casas. El buque que fletamos nos està aguardando todavia, que no es poca fortuna. En marcha.

Todos. En marcha! En marcha!

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

El teatro representa una basta marina. En el segundo bastidor y de frente, debe verse el bergantín Relámpago por uno de sus costados, mas sin ocupar totalmente el teatro. La cámara de popa y el puente han de ser practicable; la cámara no hay necesidad que se vea todá, de manera que su suelo figura ser el de la escena. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GROSLow, PORTHOS, ARAMIS, ARTAÑAN, y ATHOS. *Un Centinela sobre el puente, y los escuderos de los mosqueteros.*

CENTINELA. Ha de la barca.

ARTA. A bordo.

CENTINELA. Qué trae?

ARTA. Oficiales Franceses.

GROS. *(que sube al puente desde la cámara por una escalerilla practicable envuelto en un gabán de pescador y sin la barba que saca en el tercer cuadro.)* Adelante à dar la contraseña. *(la barca se arrima al bergantín.)* Ah! son los pasajeros que esperaba. *(al centinela.)* Déjalos llegar. Pasad à bordo, caballeros.

ARTA. *(deteniendo à Athos que se dispone à subir al bergantín.)* Esa voz no es la del capitán Crabbe, ni esa es tampoco su estatura: no es él. Un momento, Athos. Dejad que yo suba solo. *(Artañan sube al bergantín.)* Quién sois, amigo: porque no os conocemos?

GROS. Ya sò milord que buscáis al patron Crabbe; pero no podeis verle.

ARTA. De veras? Y por qué?

GROS. Porque mi pobre cuñado el patron Crabbe se ha caido esta mañana desde un mástil y se ha roto una pierna.

ARTA. *(con aire de sospecha.)* Pues digo que ha sido una desgracia. *(ap.)* Estaré sobre aviso.

GROS. Parece que desconfiáis de mis palabras. Pero milord, ese pañuelo blanco anudado por las cuatro puntas que traéis como por casualidad en la mano, y el que yo tengo del mismo modo atado en el bolsillo, os probará... *(saca un pañuelo blanco anudadas las cuatro puntas.)*

ARTA. *(ap.)* Tiene razon. Pero *(alto)* no me dais otras señas además?

GROS. Si, milord: habeis ofrecido à mi cuñado el patron Crabbe setenta y cinco libras si os desembarcaba sanos y salvos en cualquier punto de la costa de Francia, à eleccion vuestra...

Ahora qué decis?

ARTA. Digo que es preciso fiarnos de vos, por lo que son ya supérfluas todas las dudas. Así pues, llamaré à toda mi retaguardia. Amigos míos subid à bordo. *(Porthos, Aramis y Athos suben al bergantín y los escuderos.)*

GROS. Piensen vuestras señorías quedar à bordo?

ATHOS. Si.

ARTA. Y dónde vais à alojarnos?

GROS. En la Cámara de popa.

ARTA. Pues bien, bajemos.

GROS. Por aquí. *(indica à los mosqueteros la escalera del entrepunte por donde bajan todos à escapecion del centinela que queda paseándose sobre cubierta.)*

ARTA. Dónde estámos?

GROS. En la cámara de popa, Milord.

ARTA. Decid mas bien que estamos en la bodega. Gros. Perdonad, milord, si no puedo honraros como mereceis. Llevamos tanta carga...

ARTA. Cuántos toneles; parece que estamos en la taberna de Ali Bajà... Y qué contienen?

GROS. Vino de Oporto, milord.

PORT. Ah! vino de Oporto! Esto ya es capaz de tranquilizar à cualquiera.

ARTA. *(bajo à Aramis.)* Por el pronto nuestro buen Porthos no se morirá de sed.

GROS. Teneis mas que mandarme?

ARTA. Solo tengo que haceros una pregunta.

PORT. Basta de interrogatorio, amigo Artañan. No veis que solo estamos rodeados de barriles... y de barriles de vino? Lo dicho, yo respondo de este cuarto... y de la seguridad de todo el buque.

GROS. Pero esa pregunta...

PORT. Es la siguiente: podeis hacer que nos sirvan la cena?

GROS. Al momento. *(Groslow sube la escalerilla; en el momento que se destaca en el fondo una barca que se dirige al buque por el costado que no ve el espectador. Entretanto los mosqueteros se despojan de sus armas y se prepara cada uno à descansar tendiéndose en las hamacas que presenta la cámara de popa.)*

ESCENA II.

GROSLow, MORDAUNT y el Centinela.

CENTINELA. Ha de la barca?

GROS. *(acabando de subir à la cubierta.)* Silencio.. Déjalo llegar. *(Mordaunt sube à la cubierta del buque desde la lancha por el lado que no ve el público.)* Como es eso, caballero Mordaunt, se ha descompuesto el negocio?

MORD. *(mirando à Groslow con atencion.)* Sois vos, Coronel? Ah! perfectamente. Nadie os conoceria. Y el patron Crabbe?

GROS. En el puerto.

MORD. Y esos cuatro traidores?

GROS. En la cámara de popa.

MORD. Pues no perdamos tiempo.

GROS. Deteneos, caballero Mordaunt, y perdonad mi curiosidad. Qué delito han cometido esos cuatro gentiles-hombres para ser quemados vivos?

MORD. Son los cuatro conspiradores que intentaron salvar al Rey.

GROS. Entonces, la sentencia es justa y el casti-

go demasiado leve. Pero decidme, caballero Mordaunt, traéis las instrucciones necesarias para llevar á efecto la sentencia sin que padezca la tripulación?

MORD. Si, bajemos á vuestra cámara y allí sabreis cuanto es indispensable. *(desaparecen por una escalera que habrá hacia proa, invisible para el público.)*

ESCENA III.

ARTAÑAN, PORTOS, ARAMIS y ATHOS.

PORT. *(incorporándose en su hamaca.)* Maldito cocinero... vá á dejarnos sin cenar.

ARA. Y qué importa, amigo mío? Pronto nos hallaremos en Francia, y allí las mugeres mas hermosas premiarán con su cariño nuestra adhesión al Rey, y nuestros trabajos. Qué decís de esto, Artañan?

ARTA. Digo, que todos los placeres del mundo no me harán olvidar el mas sagrado de nuestros deberes; y nuestro deber, señores, es concluir con el infame que despues de amenazar nuestra existencia, ha puesto fin á la del Rey.

PORT. No se escapará de mis manos si una vez le divisan mis ojos.

ARA. Ni de las mías, si vuelve á venir á Francia.

ARTA. Y qué, amigo Athos, no participáis de nuestra colera? No tomaréis gustoso parte en nuestra venganza?

ATHOS. *(con voz sombría.)* No.

LOS TRES. No!

ATHOS. Yo no puedo manchar mis manos con la sangre de ese miserable.

ARTA. Athos, cuando os negásteis á medir vuestra espada con el asesino del rey, yo respeté vuestros escrúpulos; pero vuestra formal negativa á cortar la carrera de crímenes del infame Mordaunt, necesita una explicación. Por vos, Athos, por vos á quien todos respetamos, necesitamos saber la causa de vuestra conducta. Probadnos que debemos renunciar á nuestra venganza, y el asesino quedará impune, aunque nuestra indulgencia llegue á costarnos la vida.

ATHOS. Artañan, vos sois valiente, y no dudo que sabreis ser generoso. Athos, Aramis, tam- bien cuento con vuestra generosidad; necesito de la bondad de los tres para que hagáis justicia á mis sentimientos. Yo rehúsé cruzar mi espada con la del hombre que me insultaba, porque no podia batirme con él. Yo no puedo coadyuvar á vuestra venganza, porque no puedo derramar su sangre. Decid á un padre que se bata con su hijo, que mate á su hijo, y ese padre os responderá como yo os diré tambien. yo no puedo ser parricida!

ARTA. Cómo! Vos sois su padre?

ARA. Ese desdichado es vuestro hijo?

ATHOS. Si, amigos míos; cuando la muger que ha causado todas vuestras desgracias huyó á Inglaterra, llevaba en su seno el fruto de un amor maldecido. Juzgad ahora de mi conducta, y condenadme despues, porque por la primera vez me niego á secundar vuestros proyectos.

ARTA. Athos, podeis creer...?

ARA. *(tendiéndole la mano.)* Amigo mio...

PORT. Buen Athos... *(todos le rodean.)*

ATHOS. Gracias, señores, habeis comprendido mi dolor, y respetais mi infortunio: yo os doy gracias de nuevo.

ARTA. Por mi parte, Athos, olvido los crímenes que ha cometido hasta hoy, vuestro desdichado hijo.

ATHOS. Por favor, Artañan, no llameis hijo mio á semejante monstruo. Perdonadle, y compadecedme: he aqui cuanto exijo de vosotros.

ARTA. Concedido.

ARA. Y aqui tenéis mi mano en señal de perdón y olvido.

PORT. Y la mía... Pero en qué diablos se entretiene ese cocinero...?

ESCENA IV.

GROSLÓW, y MORDAUNT sobre el puente; ARTAÑAN, ARAMIS, PORTOS y ATHOS en su cámara, y los criados.

GROS. *(saliendo.)* Quedo enterado. Pero os advierto que la acción es demasiado peligrosa, y que valdria mas encargar de ella á nuestro contramaestre.

MORD. Nadie mas que yo ha de vengar á la patria. A las doce menos cuarto bareis embarcar á vuestra gente, y concluida la operación me avisareis por medio del pito.

GROS. Vuestras órdenes serán fielmente ejecutadas. Corro á preparar la tripulación.

MORD. Si, hacedlo mientras escribo una carta: *(se pone á escribir, y en el interin Groslow habla primero en secreto con el centinela y despues hace una seña y se acercan los marineros.)*

PORT. Está visto; el maldito cocinero se empeña en matarnos de sed y de hambre... No sé por cuales culpas me dá Dios penas tan grandes.

ARTA. Os quejais de Dios injustamente, porque cuando os creéis condenado á morir de sed, reclináis vuestra cabeza sobre un barril de vino de Oporto.

PORT. Teneis razon, Artañan; el remedio no está en Roma, y supuesto que aqui hay jarro, desfondemos un barril, y bebamos como buenos amigos, por la prosperidad de la Francia.

ARA. Por las mugeres hermosas.

ARTA. Por el triunfo de las armas francesas.

ATHOS. Y por la memoria del desgraciado rey Carlos I.

PORT. Manos á la obra. Vereis qué pronto con mi daga... *(aqujerea un barril con la punta de su daga.)* Ah!

ARTA. Qué ocurre?

PORT. *(enseñando el jarro.)* Mirad,

ARTA. Pólvora!

ARA. Es posible... Dios mio! Qué horror!

ATHOS. Silencio ó somos perdidos.

ARA. Defendámonos.

ATHOS. Y de quién? Tenemos acaso seguridad de que se atenta contra nuestra vida?

ARTA. Silencio, silencio por Dios! No escuchais pasos sobre cubierta? Parece que se está reuniendo la tripulación.

ARA. Y qué haremos?

PORT. Llevarlo todo á sangre y fuego.

ATHOS. No, es preciso saber si estamos entre

amigos ó entretraidores.

ARTA. Eso corre de mi cuenta. *(sube por la escalera y se pone á escuchar lo que habla Grosloio con los marineros: los mosqueteros entretanto se arman.)*

GROS. Si, amigos, recoged vuestro equipage, y preparaos á huir del bergantin en cuando suene mi pito. *(está reunido con ellos hácia la parte de popa, y detrás de los marineros se vé á Artañan á la boca de una escalera escuchando.)*

MARINERO. Pero coronel Grosloio, no incurriremos en una gran responsabilidad dejando volar el Relámpago?

GROS. Nada de eso. Nosotros no hacemos mas que cumplir las órdenes del Parlamento que nos ha comunicado el caballero Mordaunt. Conque, muchachos, pronto á prepararos, y corred á la lancha. *(vanse los marineros.)*

PORT. Qué bay?

ARTA. Que estamos en un riesgo inminente. El coronel Grosloio, es el que manda este buque; ha recibido órdenes del parlamento para hacerle volar, así que todos estemos entregados al sueño.

TODOS. Qué iniquidad!

ARTA. Nos queda una sola esperanza; la barca que tienen amarrada al otro costado del buque, y que se puede ver desde uno de los portales de la cámara. Sabéis quién es el encargado de dar fuego á la santa Bárbara así que el coronel avise que está ya en salvo en la barca? Pues es Mordaunt.

TODOS. Mordaunt!

ATHOS. Mi hijo? Maldito sea.

ARA. Silencio, Athos, silencio. Si Mordaunt llegara á saber que se habia descubierto su plan, sería capaz de volar el buque y perecer con nosotros.

ARTA. Ahora mismo quedaba escribiendo sobre cubierta á la luz de una linterna. Ya veis que es preciso no perder el tiempo; acordaos que jugamos el todo por el todo. Blaisois ata un cable al cuerpo de Musqueton, y que procure llegar la barca junto al buque. Vosotros preparad una escala y recoged los equipages. Athos, Aramis, ayudadlos, tomad vuestras armas.

ARA. Y vos, qué vais á hacer?

ARTA. Me quedo con Porthos para sostener vuestra retirada en caso de sorpresa. Marchad. *(vanse todos.)* Ahora, Porthos, seguidme, vamos á libertar la tierra de ese malvado. *(vanse los dos por la parte de popa oculta al público.)*

MORD. *(concluyendo de escribir.)* Coronel, ahí tenéis esa carta, que os ruego lleveis fielmente á su destino.

GUOS. A quien debo entregarla?

MORD. A Lord Winter, á mi querido tío, que según noticias debe ser mañana ajusticiado. Es una precaucion que tomo, por si en el peligro que vamos á correr, me aventajais en fortuna. No quiero privarle en sus últimos momentos, de la grata nueva, de que cuando le entreguéis esa carta, sus infames aliados han dejado de existir.

GROS. Os marchais?

MORD. Si, voy á colocar la mecha en uno de los barriles de pólvora mas inmediatos á su cuarto. Dentro de poco se llevará á cabo mi proyecto, y entonces, el incendio, la explosion será un espectáculo magnifico. Madre mia, pronto estarás vengada. *(vá á bajar por una escalera de popa, cuando al mismo tiempo aparecen los marineros en tropel; por detrás del buque se vé salir la barca con los cuatro mosqueteros y sus criados, los que á fuerza de remo, se colocan á alguna distancia del bergantin.)*

MARIN. Milord, milurd, somos vendidos... la barca se aleja, y con ella los mosqueteros y sus criados.

MORD. Maldicion!!! Y mi venganza? *(con la mayor desesperacion.)*

GROS. Corred, preparad los cañones y haced fuego en todas direcciones... Tal vez se consigá echarlos á pique, pues no deben estar muy lejos. *(vanse los marineros.)*

MORD. Ha, ya es tarde tal vez; pero teman mi venganza... los miserables... Conducidme, Grosloio, conducidme, quiero ser yo quien los estermine. *(asi que han desaparecido de cubierta Grosloio y Mordaunt, el bergantin vuela en pedazos despues de una fuerte explosion: los cuerpos de Grosloio, Mordaunt y marineros representados por figuras de paja, vestidas de la misma manera que ellos, vuelan con el buque.)*

ARTA. *(elevando sus manos al cielo y de rodillas sobre la barca, así como los demás que están en ella.)* Gracias, Dios mio, gracias portu justicia.

FIN DEL DRAMA.

Mordrid, 1846.

Imprenta de D. Vicente De Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

